

MUSEO
Casa de la Memoria

**DIÁLOGOS SENTIPENSANTES SOBRE PATRIARCADO,
MASCULINIDADES Y GUERRA EN MEDELLÍN.
TRAYECTORIAS ANALÍTICAS Y POÉTICAS¹**

Serie «Hombres en Construcción» No. 1

Elaborado por:

Carlos Alberto Ossa Ossa

Asesor temático del proyecto «Patriarcado, masculinidades hegemónicas y violencias»

Museo Casa de la Memoria
Medellín, Colombia, septiembre de 2015

INTRODUCCIÓN.....	4
EL SISTEMA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA PATRIARCAL.....	7
Y SU CORRELACIÓN CON LA GUERRA.....	7
LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA PATRIARCAL.....	10
LA MATRIZ CULTURAL DE LA SOCIALIZACIÓN MASCULINA.....	14
LOS REFERENTES.....	15
• El heroísmo.....	16
• Las imágenes cotidianas del guerrero.....	18
• La trampa heroica.....	19
LAS MEDIACIONES.....	20
• Los guardianes cotidianos de la masculinidad en la infancia.....	20
• Rituales urbanos de masculinidad.....	21
• Cronologías vitales.....	22
• El paso por el ejército.....	23
• El fútbol.....	23
LAS SUBJETIVIDADES 24	
• Los territorios de las masculinidades.....	25
• Corpo-oralidades.....	25
• Cuerpos marcados.....	27
• Cuerpos arma.....	28
• El lenguaje expresivo de los cuerpos silentes.....	28

• <i>Los costos de las poses sostenidas</i>	29
• <i>La distancia emocional</i>	30
• <i>Heridas de las paternidades hegemónicas</i>	31
• <i>La «amorosa agresión»</i>	31
EL ROSTRO LETAL DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA	33
• <i>Masculinidades violentas</i>	33
• <i>Masculinidades militarizadas</i>	36
• <i>Los roles masculinos y femeninos en una economía de guerra</i>	36
• <i>Los patriarcas o la auto-preservación del sistema guerra</i>	39
• <i>Los matices de la guerra</i>	41
• <i>Los miedos en la postguerra</i>	41
ENTRE LAS FISURAS DEL SISTEMA:	45
LAS MASCULINIDADES NO HEGEMÓNICAS	45
• <i>«MASCULINIDADES OTRAS» EN MEDELLÍN</i>	45
• <i>El Amañadero de manes</i>	47
• <i>Las estéticas de la re-existencia</i>	50
TRAYECTORIAS MASCULINAS ALTERNAS	52
• <i>Los invisibles</i>	52
• <i>Los raros</i>	53
• <i>El antihéroe</i>	54
BIBLIOGRAFÍA	56



INTRODUCCIÓN

En la ciudad de Medellín durante las últimas tres décadas el conflicto armado ha pasado por varios momentos, en los cuales la ciudad se transformó y adaptó a las condiciones históricas predominantes, pero mantuvo intactas sus mortíferas garras. En esta actualización permanente de la guerra, los hombres han jugado un papel protagónico, tanto en el rol de perpetradores, como en el de víctimas principales de estas acciones violentas. En este sentido, es evidente que hay algo en la condición de género de los hombres de esta ciudad que resuena, que hace eco con las violencias, no solo con aquellas asociadas a la guerra, sino también con las ocasionadas a sí mismos (autoagresiones, prácticas temerarias), a otros hombres (peleas), a las mujeres (violencia contra las mujeres), los niños y niñas (maltrato infantil) y a la naturaleza (maltrato animal, destrucción del medio ambiente con fines lucrativos).

No obstante, existen también hombres de diversa edad y condición social que a pesar de encontrarse atravesados por los referentes de la cultura patriarcal hegemónica, no están cómodos con los roles que socialmente les han sido asignados, e incluso se evidencia que muchos de ellos no están sintonizados con las coordenadas de la violencia y desde su vida cotidiana exploran vías alternas para desplegar su masculinidad. Así se resisten de múltiples maneras a las presiones sociales que buscan sumergirlos en estas dinámicas.

Estos hombres con búsquedas diferentes, encarnan unos referentes de masculinidad poco valorados e invisibilizados por la sociedad patriarcal; sin embargo suelen ser inspiradores en sus contextos de origen, pues aportan imágenes alternas que desde la cotidianidad posicionan esas masculinidades juguetonas, vivaces, cuidadoras, solidarias, que terminan por convertirse en opción de vida para muchos jóvenes y adultos que encuentran, así, otras posibilidades de afirmarse como hombres.

Teniendo en cuenta que las masculinidades son representaciones de género históricamente situadas y socialmente construidas, es necesario destacar su carácter versátil y diverso, y evitar caer en generalizaciones que impidan ver sus matices. Conforme a lo anterior, vale decir que en Medellín coexisten diversas masculinidades, por un lado se destacan aquellas afines a la violencia, responsables en gran medida de las muertes y agresiones que a diario ocurren en esta ciudad; y por el otro están esas otras masculinidades alineadas con el cuidado de la vida que día a día patentan y se inventan nuevas maneras de habitar la urbe desde el arte y la creatividad. Es de anotar que estas identidades masculinas son dinámicas, en tanto que un mismo hombre puede transitar por ellas en distintos momentos de su vida e incluso albergar rasgos de ambas, aunque en un momento vital específico predomine alguna de estas tendencias. Por lo tanto

En esta dirección, y bajo el lema de “Re-generar la cultura: un trabajo de todas y todos”², la línea de Investigación y Contenidos del Museo se ha propuesto desarrollar un programa amplio, denominado Género, Memoria y Despatriarcalización³, orientado a facilitar la reflexión y el debate en torno a las múltiples y complejas relaciones entre género, conflicto armado, memorias y resistencias no violentas, y a movilizar cambios en los estereotipos de género que sostienen y fomentan la discriminación y la violencia, y de manera especial, en los que apuntalan la prevalencia de los modelos dominantes de masculinidad patriarcal, en la búsqueda de construir unas identidades de género ni violentadas ni violentas (Museo Casa de la Memoria, 2014, p. 5).

² *Lema que aquí tiene sentido a la luz del pensamiento de Donna Haraway, quien, yendo más allá del empleo del género en su acepción común como sustantivo, recurre a la raíz del verbo del que provienen sus significados —generare— para sugerir la posibilidad de regenerar un pensamiento feminista capaz de trascender los binomios de las políticas de género (Haraway, 1995, p. 49).*

³ *Desarrollado por el movimiento feminista y de mujeres boliviano, este concepto, aún en construcción, apunta a visibilizar la estrecha relación existente entre el patriarcado como eje de dominación, con el colonialismo y el capitalismo, en virtud de lo cual «reconocerlos en su especificidad e imbricación es indispensable no solo para las mujeres, sino para desmontar las relaciones de dominación que persisten en nuestras actuales sociedades». (García, s/f, p. 151-152). De acuerdo con Carmen Castro, «Despatriarcalizar significa también contribuir de manera activa —en lo personal y en lo político— con la transformación social hacia una democracia real o, como diría María Zambrano, a una sociedad de las personas. [...] requiere, en primer lugar, de una predisposición activa para facilitar que las personas tengamos vidas plenas libres de violencia (económica, sexual, psicológica, etc.) sin que minen nuestra dignidad humana. [...] Se trata de desnaturalizar el androcentrismo en la educación, en el sistema político, jurídico, económico, en la ciencia y en la generación de conocimiento, en las religiones, en los medios de comunicación, en los movimientos sociales, etc.» (Castro, 2013. El resaltado es de la autora).*

⁴ *Entendida como una «metodología de investigación colectiva, basada en un análisis crítico con la participación activa de los grupos implicados, orientada a estimular la práctica transformadora y el cambio social» (Eizaguirre y Zabala, 2010).*

Así pues, como un primer paso en esta dirección, el Museo implementó la fase inicial de un proyecto de investigación-acción transformadora⁴, denominado «*Patriarcado, masculinidades hegemónicas y violencias: Exploración en torno a la construcción de identidades masculinas que perpetúan los ciclos de violencia en Medellín, Colombia. Reconocimiento y búsqueda de alternativas para la transformación cultural*». En este primer momento las acciones estuvieron orientadas a la construcción de una línea de base sobre el tema, elaborada a partir de las conversaciones llevadas a cabo con 125 hombres y 36 mujeres de la ciudad de Medellín, quienes participaron en diversas tertulias, talleres y entrevistas realizadas entre el mes de noviembre de 2014 y marzo de 2015.



El análisis de la información obtenida durante este periodo dio lugar a una serie de lecturas, que en diálogo con las principales nociones teóricas referenciadas en el marco teórico elaborado al inicio del proceso investigativo (Osorio, 2014), permitieron definir unos marcadores centrales que orientaron a nivel metodológico y conceptual la segunda fase del proyecto denominada «**Hombres en construcción**», la cual se encuentra actualmente desplegando sus primeras acciones.

Ahora bien, en aras de compartir los aprendizajes acaecidos en esta primera fase de la investigación y con el fin de aportar a la reflexión crítica en torno a la configuración de las identidades masculinas en nuestra ciudad, compartimos el presente texto en el que toman cuerpo los diálogos diversos generados entre los referentes conceptuales que se han ido vislumbrando a lo largo de esta indagación, los testimonios de los participantes y las lecturas que el propio proceso ha ido suscitando en el equipo de investigación.

El texto inicia con una descripción general de lo que hemos denominado «El sistema masculinidad hegemónica patriarcal y su correlación con la guerra», dicho apartado presenta la contextualización general desde la cual nos situamos para entender esa gran dinámica de fuerzas en interacción que se configuran alrededor de la construcción de identidades masculinas en nuestra ciudad. En un segundo momento, bajo el título «La matriz cultural de la socialización masculina», desplegamos el esbozo preliminar de un marco teórico que nos posibilita la formación de correlaciones entre las dinámicas del proceso y las nociones conceptuales que este acercamiento teórico al tema nos permite establecer. Terminamos nuestra aproximación con el texto titulado «Entre las fisuras del sistema: las masculinidades no hegemónicas», allí se da cuenta de las tensiones que afrontan esas identidades masculinas no alineadas con el sistema hegemónico patriarcal y visibiliza algunas de sus más recientes manifestaciones en nuestra ciudad. Con este ejercicio narrativo iniciamos la consolidación del enfoque del Museo Casa de la Memoria en torno al tema de masculinidades, patriarcado y guerra.

Estas reflexiones compartidas, así como las invaluable experiencias humanas que las inspiraron, nos impulsan hacia la búsqueda y nos motivan a continuar promoviendo en la ciudad los encuentros sentipensantes⁵ con hombres, esos espacios para la conversación sensible donde ellos se narran y crean en torno a sus singularidades vitales, donde comparten también esas heridas emocionales afines que requieren espacios para ser nombradas, comprendidas, ritualizadas, superadas.

⁵«Nosotros actuamos con el corazón, pero también empleamos la cabeza, y cuando combinamos las dos cosas así, somos sentipensantes», le dijo un pescador en San Benito Abab (Sucre) al investigador y sociólogo barranquillero Orlando Fals Borda, según cuenta él mismo al hablar de la cultura anfibia colombiana. Tomado de: <http://somossentipensantes.blogspot.com.co/p/sentipensantes.html>



EL SISTEMA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA PATRIARCAL Y SU CORRELACIÓN CON LA GUERRA

La «cultura occidental» es el fruto de innumerables guerras «civilizatorias», un orden social construido sobre los restos mortales de múltiples civilizaciones arrasadas, destruidas y vulneradas, que con el paso del tiempo ha refinado sus estrategias hasta lograr naturalizar a través del ordenamiento político y jurídico toda una serie de crímenes sobre los que reposan sus cimientos:

La ley no nace de la naturaleza, junto a los manantiales que frecuentan los primeros pastores; la ley nace de las batallas reales, de las victorias, de las masacres, las conquistas que tienen su fecha y sus héroes de horror; la ley nace de las ciudades incendiadas, de las tierras devastadas; surge con los famosos inocentes que agonizan mientras nace el día (Foucault, 2001, pp. 53-54).

Este contexto pone en evidencia que la guerra, más que una situación circunstancial, constituye uno de los principales motores para la generación de riqueza a nivel geopolítico, tanto para las industrias transnacionales como para los Estados, especialmente para aquellos con una larga tradición imperialista, que no dudan en desplegarla de manera directa o encubierta ante la necesidad de satisfacer sus ambiciones cuando fallan los recursos políticos y diplomáticos.

Desde esta perspectiva, resultan esclarecedoras algunas cifras sobre Estados Unidos, la mayor potencia actual del mundo, que de sus 239 años de existencia como nación ha empleado 222 dedicados a hacer la guerra (Danios, 2011), manteniendo esa tendencia hegemónica indiscutible heredada de la temible Inglaterra, su patria fundacional enclavada en el corazón de Europa, ese continente que desde épocas remotas ha escrito con sangre su historia de imperios y batallas, escenario bélico que no en vano ha sido la cuna de diversos libros clásicos sobre la guerra donde es tan valorada que algunos sectores la consideran un «arte» e incluso una «ciencia».

En este sentido, podemos apreciar un revelador fragmento de la obra clásica de Clausewitz (re-editada en 2002), autor cuyo apellido escogió Hitler para nombrar una de sus últimas operaciones militares destinada a proteger a Berlín durante la etapa final de la segunda guerra mundial:

[...] el uso de la fuerza física en su máxima extensión no excluye en modo alguno la cooperación de la inteligencia, el que se sirva de esta fuerza sin miramiento, ni recato ante el derramamiento de sangre habrá de obtener ventaja sobre el adversario, siempre que este no actúe del mismo modo. Así cada uno justifica al adversario y cada cual impulsa al otro a adoptar medidas extremas, cuyo límite no es otro que el contrapeso de la resistencia que le oponga el contrario (p. 8).

Al volver la mirada hacia nuestro país, podemos vislumbrar nuestra trágica e interminable gesta a través de las narrativas del coronel Aureliano Buendía, ese personaje literario de García Márquez (1975) que:

[...] promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola noche, antes de que el mayor cumpliera treinta y cinco años. Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento. Sobrevivió a una carga de estricnina en el café que habría bastado para matar un caballo (p .92).

Poderosa imagen literaria que representa una magistral síntesis de esa masculinidad instaurada en la psique del hombre colombiano donde se evidencia esa inclinación patológica hacia la guerra, esa irresistible tentación por deslizarse en el filo de la navaja; aproximación que encuentra un contundente soporte empírico en los datos estadísticos de muertes violentas publicados por Medicina Legal, donde los decesos de los hombres por homicidio, accidentes de tránsito, accidentes laborales, suicidios y desaparición forzada representan un porcentaje promedio cercano al 90%, lo que significa que por cada 10 personas fallecidas por cualquiera de estos hechos , nueve (9) son hombres y una (1) es mujer. Tendencia estadística que sufre una drástica inversión cuando revisamos la información relacionada con la violencia sexual, de pareja e intrafamiliar, donde las mujeres ocupan los más altos porcentajes como víctimas y los hombres afectivamente cercanos a ellas como victimarios (Instituto Nacional de Medicina y Ciencias Forenses, 2014).

Estos datos que a nivel global mantienen proporciones estadísticas similares, ponen en evidencia la forma en que las construcciones de género adquieren una materialidad contundente con efectos directos sobre la salud pública, y evidencian de manera concluyente cómo la masculinidad tradicional materializada en las prácticas violentas se constituye en el principal factor de riesgo para la vida y la salud de hombres y mujeres en el país y en el mundo.





EL LEGADO PATRIARCAL

Sin embargo, a pesar de la contundencia de los acontecimientos descritos, esta realidad permanece velada, oculta por un complejo entramado de símbolos y representaciones, que gracias al patriarcado hacen parecer la guerra como algo natural, emocionante e incluso necesario en ciertas circunstancias; con lo cual logran encubrirla con los relucientes trajes del heroísmo, naturalizando la barbarie en nombre de los más altos preceptos.

[...] el patriarcado puede definirse como un sistema de relaciones sociales sexo-políticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones, quienes como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea con medios pacíficos o mediante el uso de la violencia (Fontenla, 2008, p. 4).

Opresión que a nuestro modo de ver se hace extensiva también a los hombres que no encajan en los parámetros prestablecidos, quienes son severamente cuestionados por su manera particular de asumir la masculinidad, siendo considerados como inferiores por aquellos otros hombres o instancias identificadas con los patrones de conducta dictados por la masculinidad hegemónica. Es de anotar además que las mujeres también juegan un papel activo en esta ecuación, ya que su condición no implica necesariamente que sean feministas (Moreno, 2002, p. 113), y en esa medida, dependiendo de su nivel de consciencia de género, ellas pueden aportar a la construcción de relaciones equitativas con los hombres o contribuir al sostenimiento de las formas de opresión, puesto que en calidad de madres y parejas contribuyen también notablemente a modelar las identidades masculinas en los hombres, induciendo en ellos las interacciones que consideran deseables de acuerdo a los parámetros particulares que ellas tienen frente a lo masculino.

Esta perspectiva ampliada del patriarcado permite reconocer que aunque los hombres hegemónicos han jugado un papel definitivo en la configuración de la opresión histórica contra las mujeres, hay muchos otros que no resuenan con sus mandatos y exploran otras posibilidades de vivir su masculinidad. Por lo tanto, podemos entonces decir que nos encontramos ante un sistema de pensamiento y acción que nos afecta de manera significativa a unos y otras, no solo a aquellas personas que se resisten, sino también a aquellos hombres y mujeres que encarnan en determinado momento las prácticas masculinas hegemónicas, los mismos que en algún momento también tendrán que asumir los altos costos emocionales y vitales que estas implican.

El sistema patriarcal constituye la matriz cultural que a través de diversas tecnologías de control⁶ (Toscano, 2008) logra instaurar a nivel microsocia y macrocultural una perspectiva unívoca del mundo, que inadvertidamente moldea la percepción de los sujetos para reproducir unas prácticas sociales que resultan afines con el modelo de masculinidad hegemónica que entendemos como:

[...] una forma [unívoca] de socializar a los hombres que está cultural e históricamente construida, que tiene sus diversidades pero sirve siempre de referente incluso a las formas alternativas de socialización. En esta socialización existen algunas claras ventajas para el varón, algunas de las cuales, con el tiempo y su estereotipamiento, se van transformando en un costo sobre su salud (y la de otras y otros). Ejemplos de esto son una mayor independencia, la agresividad, la competencia y la incorporación de conductas violentas y temerarias en aspectos tan diversos como la relación con vehículos, adicciones, la violencia y la sexualidad (De Keijzer, 1995, p.3).

Tradicionalmente, la masculinidad ha sido definida de modo escueto y limitado como la construcción cultural de género que designa el rol de los varones en la sociedad, entendiéndose así un conjunto de características asociadas al rol tradicional del varón.

Algunos ejemplos de esas características son la fuerza, la valentía, la virilidad, el triunfo, la competencia, la seguridad y la inhibición emocional. Se refiere entonces a un conjunto de construcciones culturales consolidadas a través de la historia, que determinan los tipos de prácticas sociales que son deseables para los hombres en función de su condición de género, prácticas basadas en una concepción jerarquizada de los roles de género e inspiradas en profundos prejuicios

⁶ Foucault (1976) establece una analogía entre las tecnologías diseñadas para controlar procesos materiales en el ámbito de la producción industrial, y los mecanismos que a partir del advenimiento de la modernidad le permiten al poder disciplinar los cuerpos de las personas de manera individualizada y ejercer control sobre las poblaciones de manera colectiva. Estas tecnologías de disciplinamiento y regulación le permiten al poder administrar los cuerpos y la vida; desde esta perspectiva la familia, la escuela, el hospital, la prisión, se convierten en esos escenarios donde se transmiten inadvertidamente en los sujetos los mandatos y requerimientos necesarios del sistema para garantizar la máxima productividad en cada uno de ellos. Las tecnologías de control son entonces la principal herramienta de que dispone la bio-política del poder para disciplinar y domesticar el cuerpo individual y social en procura de sus intereses.

morales alimentados especialmente por las grandes religiones monoteístas. Desde esta perspectiva se le asignan, también, unas características a las mujeres, basadas en una concepción idealizada de la complementariedad de los géneros, atribuyéndoles rasgos como la suavidad, la dependencia, la pasividad, la debilidad, la afectividad y el pacifismo, mientras que de los varones se espera que sean fuertes, independientes, agresivos, activos, resistentes, que soporten el dolor y que sean violentos (Osorio, 2014, p. 4). Así pues,

En la cultura paísa la masculinidad ha estado enmarcada en una fuerte correspondencia con el modelo heterosexual y patriarcal, contexto plagado de homofobia y devaluación de toda forma de masculinidad que no se sustente en el prototipo de liderazgo, viveza y dominio por la fuerza. Aunque a primera vista puede aparecer como predominante un modelo familiar en el que la mujer tiene una fuerza cohesionadora y determinadora de decisiones como “matrona”, no obstante tanto en la superficie como en el fondo lo que se sostiene es un modelo hegemónico patriarcal de relaciones, al que no sólo contribuyen los hombres sino también las mujeres, en su sostenimiento y transmisión (Osorio, 2014, p. 5).



los mandatos y requerimientos necesarios del sistema para garantizar la máxima productividad en cada uno de ellos. Las tecnologías de control son entonces la principal herramienta de que dispone la bio-política del poder para disciplinar y domesticar el cuerpo individual y social en procura de sus intereses.

LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA PATRIARCAL

En las exploraciones conceptuales en torno a lo que denominamos masculinidad hegemónica patriarcal, observamos que las primeras indagaciones registradas se remontan a los años setenta, movilizadas a partir de la consolidación de las reivindicaciones feministas:

[...] el análisis sobre la masculinidad patriarcal ha sido una labor que, desde el punto de vista histórico, se puede catalogar como reciente. Desde la década de los 70, autores como Herb Goldberg (1976), Dan Kiley (1985), León Gindin (1987) y Michael Kaufman (1989) empezaron a proponer la importancia del estudio de la masculinidad patriarcal como una acción posterior y complementaria a los procesos de reivindicación feminista (Briceño y Chacón, 2001, p. 8).

Estos autores empezaron a plantear elementos acerca de la construcción de la masculinidad patriarcal y sus diversas expresiones, partiendo del cuestionamiento central sobre los efectos negativos del sistema social patriarcal en la vida y la salud de los hombres.

La masculinidad hegemónica se refiere a la versión de masculinidad que es promovida por aquellas instancias que detentan el poder y que por la vía del control social imponen un modelo de hombría basado en la superioridad y la competencia que garantizan la sostenibilidad del orden establecido. Esta perspectiva se transmite a los varones desde la infancia y se refuerza a lo largo de sus vidas, con lo cual se garantiza el sostenimiento de una línea de continuidad histórica entre masculinidad y dominación (Osorio, 2014).

Esta forma de masculinidad supone unas ventajas inherentes a los hombres por su condición privilegiada, ventajas que se obtienen en detrimento de los derechos de las mujeres percibidas como inferiores por su condición de género. No obstante, este patrón se extiende también en relación con hombres de menor estatus, quienes son menospreciados en función de otros factores transversales, como la contextura física, la condición económica, la formación académica, la edad, la pertenencia étnica y la orientación sexual. Esta condición masculina soberbia e indolente, establece también relaciones instrumentales con la naturaleza, intentando someterla para su beneficio.

La masculinidad hegemónica es la concepción de masculinidad dominante dentro de una sociedad, aquella que ha sido aceptada culturalmente como la principal. En este sentido, los atributos asociados a esta forma de masculinidad, tales como la dominación, el auto-control y la fuerza, serán altamente valorados, mientras que aquellos considerados como femeninos pasarán a ser menospreciados o subordinados.

Dicha masculinidad hegemónica promueve una ideología que premia a quienes se alinean con sus principios y desprecia a los que no cumplen con sus estándares, ya que su dinámica gira en torno a la consecución y sostenimiento del poder. Sin embargo, aquellos que cumplen con sus condiciones deben competir permanentemente por obtener la más alta posición posible, para ello se emplean los recursos que sean necesarios, independientemente de los riesgos asociados a su accionar y de sus implicaciones éticas, aspectos considerados desde esta perspectiva como manifestaciones de debilidad.

Esta dinámica de interacción se impone en todos los ámbitos de la vida social, los convierte en unos permanentes campos de batalla donde las personas combaten en la escuela, en el amor, en el trabajo, en el deporte. En este sentido impulsan no solo a los hombres, sino también a muchas mujeres, que ante la presión generada terminan asumiendo posturas hegemónicas. Las consecuencias de este modelo de socialización son nefastas en la medida que contribuyen a exacerbar la soberbia, a generar un ser humano sin límites capaz de pisotear el milagro de la vida desde su arrogancia, jalonado por su desenfrenada búsqueda del poder.

En relación con la tendencia de este modelo a promover relaciones jerarquizadas basadas en la fuerza y la agresión, algunos autores han sugerido que sería útil abordar la masculinidad hegemónica a partir de los referentes de colonialidad y anticolonialidad, por considerar que ambos aspectos son transversales a las lógicas de interacción propuestas, en las cuales unos hombres que se autodeterminan en condición superior (colonizadores) tratan a otros a quienes consideran inferiores (colonizados) como subalternos, infantilizándolos (Greig, Kimmel y Lang , 2000).

Así mismo, evidencian la manera en que la violencia masculina limita el desarrollo potencial de mujeres y niños, con esto ponen en riesgo sus libertades y limitan considerablemente el ejercicio de sus derechos. Como horizonte de sentido plantean la necesidad de que los hombres reflexionen sobre estas situaciones y asuman la responsabilidad sobre sus acciones; en esta vía referencian el trabajo realizado con hombres en Estados Unidos y diversos países de América Latina (Osorio, 2014, p. 7).





Evidencian también las correlaciones existentes entre las esferas micro y macro sistémicas de la cultura, donde se establecen analogías entre las dinámicas propias de las violencias de pareja y las estructuras sociales, y se señala la intencionalidad opresiva que ambos escenarios comparten desde la lógica del poder y el control. Además, se vinculan las desigualdades planteadas en función del género, la clase social, la edad, la orientación sexual y la pertenencia étnico-racial.

En el análisis socio-histórico sobre la génesis de la violencia en las masculinidades hegemónicas, ubican los quiebres causados por las invasiones europeas en los regímenes de sentido de los pueblos originarios, receptores de las acciones bélicas atroces que desmoronaron su mundo: «En la historia nacional de las guerras y en donde la colonización ha sido a la fuerza. El colonialismo y el imperialismo han sido una fuente importante de la intensificación de esta violencia» (Greig, Kimmel y Lang, 2000, p. 4).

Observan cómo al situar la violencia en un contexto histórico y cultural, esta se desnaturaliza y queda evidenciado el papel que juegan los discursos hegemónicos de masculinidad al explotar lo que se conoce como militarismo, basado en la concepción de la agresión 'natural' masculina para específicos propósitos políticos (Greig, Kimmel y Lang, 2000, p. 5). Al respecto Osorio afirma

[...] “no se nace guerrero, se llega a serlo”, esto en la medida en que en la construcción social de la masculinidad se fomentan unos comportamientos, se reprimen otros, siendo incluso la masculinidad militarizada algo mediado por discursos e intereses sociales que prefiguran y dan contenido a dicha construcción social de masculinidad. El moldeamiento social es un asunto del que no escapan las mujeres pero tampoco los hombres (2014, p. 6).

Al tener en cuenta los altos costos vitales del patriarcado en las vidas de los hombres y al reconocer su carácter social e histórico, resulta fundamental ponerse en la tarea de transformar estos patrones de opresión y muerte estrechamente vinculados con la guerra. Se tiene así, la posibilidad de aportar a la deconstrucción de este sistema y contribuir a la consolidación de unas identidades masculinas afines con la vida.



LA MATRIZ CULTURAL DE LA SOCIALIZACIÓN LA MATRIZ CULTURAL DE LA SOCIALIZACIÓN MASCULINA

La masculinidad hegemónica patriarcal es un sistema construido socialmente a través del tiempo, el cual se materializa en contextos específicos y que comparte rasgos globales. Para efectos de la investigación que nos encontramos adelantando, hemos construido un modelo explicativo auxiliar para comprender las interdependencias y relaciones que se establecen al interior de este sistema entre los diversos elementos que lo configuran.

Es auxiliar porque constituye la primera aproximación teórica construida a partir de los insumos investigativos obtenidos en la primera etapa de la indagación realizada desde el Museo entre septiembre de 2014 y marzo de 2015, pero seguramente se irá afianzando cada vez más en la medida en que la investigación siga su curso y las experiencias desarrolladas en terreno vayan exigiendo ajustes y redefiniciones para su comprensión más adecuada.

Iniciamos con el despliegue del sistema hegemónico patriarcal, en específica correlación con la noción de la guerra, delimitando así el horizonte de sentido que nos interesa explorar. En esta primera aproximación intentamos cartografiar los aspectos principales que allí se ponen en juego, con lo que se busca delimitar el territorio conceptual en el que se inscribe nuestra indagación.



El Sistema Masculinidad Hegemónica Patriarcal, al tratarse de una construcción social e histórica, necesariamente es cambiante y dinámico, de naturaleza abierta, y en esta medida es propenso a discontinuidades, rupturas y crisis, en tanto que interactúa con el contexto que lo afecta y sobre el cual, a su vez, genera incidencia.

Posteriormente iremos desentrañando cada uno de los tres aspectos fundamentales del sistema, los cuales hemos denominado Referentes, Mediaciones y Subjetividades.

Los *Referentes* tienen que ver con aquellas representaciones que mantienen vigente el legado simbólico y material del patriarcado en la cultura. Se trata de imágenes y narrativas que permanecen activas de manera latente o manifiesta en la memoria de los pueblos y son transmitidas de generación en generación de manera consciente o desprevénida.

Las *Mediaciones* tienen que ver con los mecanismos y dispositivos de los que dispone la sociedad para facilitar la interiorización de estos patrones hegemónicos en los hombres a través de unas prácticas de regulación, que contribuyen a establecer regímenes de sentido sobre sus cuerpos y sus mentes mediante el uso sistemático de tecnologías de disciplinamiento y control (Foucault, 1976).

Las *Subjetividades* se refieren a las interacciones activas de los sujetos con el sistema, quienes ante los referentes que los invaden pueden permanecer pasivos, identificarse, invisibilizarse o reaccionar en otras direcciones desde sus singularidades. Este rasgo activo explica por qué no todos los hombres se identifican con el modelo y hace posible el surgimiento de identidades masculinas que aunque afectadas por la entronización corporal y física del paradigma dominante, logran configurarse alrededor de otras posibilidades.

LOS REFERENTES

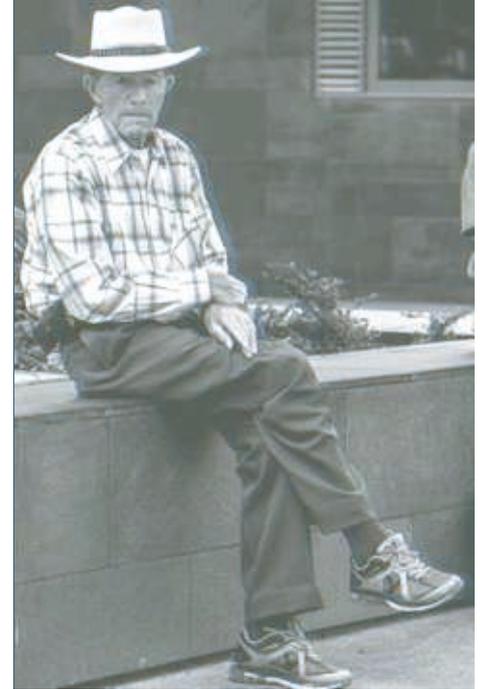
Son los elementos dinamizadores del sistema a través de los cuales el legado patriarcal se actualiza, adquiere vida y se moviliza; puede tratarse de instituciones, ideologías o representaciones que logran encarnar los aspectos primordiales del sistema, los conservan y los ponen en movimiento.

Los referentes culturales actúan desde la dimensión simbólica de manera sistemática y sostenida, afirman los valores de la masculinidad patriarcal, permean las narrativas orales, audiovisuales y literarias y calan de manera sutil e inadvertida en las mentalidades colectivas. El mayor logro del dispositivo patriarcal radica en su capacidad de naturalizarse, en su habilidad para meterse en nuestra mente, para colonizar nuestro pensamiento, para disciplinar nuestros cuerpos e inhibir nuestras emociones.

Por ahora nos ocuparemos del heroísmo, que fue una imagen recurrente en las narrativas de los hombres que participaron en la primera etapa del proceso de investigación, acción transformadora, desarrollado en el Museo entre septiembre de 2014 y marzo de 2015, aspecto que no es gratuito en cuanto se constituye en uno de los referentes culturales más potentes que utiliza el sistema patriarcal para movilizar los valores de la masculinidad hegemónica. Se espera poder abordar posteriormente otros referentes significativos en la medida en que los testimonios de la etapa anterior que faltan por analizar, así como los nuevos relatos que emerjan en la etapa actual del proceso, los vayan evidenciando.

• El heroísmo

El viaje del héroe vinculado a la imagen del guerrero ha sido un tema reiterativo en las narrativas orales y literarias en todo el mundo, porque constituye una poderosa representación de las trayectorias vitales que todo ser humano en calidad de protagonista de su propia existencia debe afrontar a lo largo de su proceso de individuación. El cine y la televisión lo usan incansablemente porque tiene una gran capacidad de conectar con las personas en tanto que invoca temas arquetípicos⁷, que en esa medida resultan afines a la condición humana de distintas épocas y contextos.



⁷ Los arquetipos son una noción de Platón retomada de Platón por Carl Jung, para referirse a esas imágenes primordiales presentes en todas las culturas del mundo a través de mitos de creación, que dan cuenta de esas experiencias vitales comunes para todos los seres humanos que han pasado por esta tierra a través de las épocas, desde que el mundo era joven. Asuntos relacionados con el nacimiento, la familia, el amor, lo sagrado, la muerte, la paz y la guerra, entre otros, que son como los caudales de un río, como unos moldes preexistentes en la cultura que se manifiestan a través de narraciones e imágenes que tienen la particularidad de generar una considerable fuerza de atracción en las personas, lo que explica por qué los niños y niñas no se cansan de pedir que les cuenten la misma historia cada noche, o porque no nos cansamos de ver películas o leer libros donde se escenifica el viaje de un héroe, contado de mil maneras distintas, pero con unos elementos siempre comunes.

En este sentido, lo complejo de las identificaciones que desde allí se promueven, radica justamente en el tratamiento estereotipado que se le da a estos grandes temas, pues refuerza vías unívocas y caminos estrechos que limitan enormemente las opciones del devenir de las masculinidades cotidianas.

La manipulación mediática de la imagen del héroe en la versión del guerrero, favorece la justificación de la violencia cuando esta se enmarca dentro de ciertas condiciones que contribuyen a legitimar su uso en las mentalidades colectivas:

El heroísmo y el honor, en tanto se establecen como el modelo hegemónico sublimado, en él se contienen los elementos de violencia justificados bajo el velo del patriotismo, el valor y “deber”. De esta forma nos constituimos en guerreros para conquistar el mundo que nos rodea —la naturaleza, las civilizaciones, a hombres y mujeres— (Durán, 2013, p. 36).

De esta forma, bajo la poderosa imagen del heroísmo y el honor, lo que hay en juego es la legitimación de la violencia bajo ciertas circunstancias, ya que esta constituye el elemento diferenciador primordial que le permite a la masculinidad tradicional establecer jerarquías y alcanzar el poder que posibilita el acceso y mantenimiento de los privilegios (Durán, 2013).

Por lo tanto, podemos decir que el heroísmo juega un papel fundamental en la constitución de las identidades masculinas tradicionales, al ser una suerte de bisagra simbólica que permite vincular aspectos cruciales relacionados con los procesos intrapsíquicos de subjetivación de los hombres con imágenes colectivas cargadas de fuertes significaciones asociadas al honor, al deber, al servicio y a la patria.





Su mayor potencia radica justamente en su capacidad para instalarse desde edades tempranas en la subjetividad de los niños que desde la primera infancia están expuestos a la influencia de las imágenes de heroicidad en diferentes ámbitos de la vida cotidiana, como la escuela (los símbolos patrios), la familia (los cuentos, los héroes/ hitos familiares), la calle (los íconos barriales: el pillo emblemático, el futbolista admirado, el más bravo de la cuadra) y los medios masivos de comunicación (comics, películas, torneos de fútbol).

Las narrativas audiovisuales explotan hábilmente la imagen del héroe, la magnifican través de unas impecables estéticas violentas que son diseñadas para emocionar a las audiencias a través de la producción de unos contenidos atractivos, contenidos que facilitan la identificación de los niños con los personajes que allí se escenifican, quienes refuerzan las representaciones tradicionales de hombría vinculadas al ejercicio de una violencia «honorable», aceptada y promovida abiertamente por la sociedad:

Esta violencia es disimulada por los valores del heroísmo, concediendo una licencia hacia la violencia masculina. Es así que los hombres pueden ser violentos si actúan como guerreros, defensores, ajusticiadores, vengadores, educadores (con la esposa y los hijos) o patriotas. La nación se comprende en consecuencia como co-relato de la masculinidad. (Durán, 2013, p. 37).

En la cotidianidad el tema del heroísmo se encuentra en la base de muchas situaciones que los hombres deben afrontar desde edades tempranas, pruebas que permanentemente los desafían, los retan y los presionan para adoptar actitudes o prácticas tradicionales a través de las cuales se espera que afirmen su masculinidad.

•Las imágenes cotidianas del guerrero

En nuestra ciudad, el «pillo» se ha convertido en un ícono de esa masculinidad rebelde, callejera, que desafía al sistema, heroicidad que transcurre por unas vías diferentes a las del «deber» o el «patriotismo», pero que de igual forma usa la violencia para obtener poder. En este caso se trata de hombres que toman posesión de la calle, del lugar donde sucede lo público, escenario potencial de peligro y confrontación, en el que es necesario medirse cotidianamente con otros hombres para ganarse su respeto. Un escenario donde se pone en juego el ejercicio del poder a partir del uso intencionado de la violencia instrumental, que en este caso, a diferencia del heroísmo «honorable», no cuenta con el aval de la sociedad en su conjunto, pero no obstante genera afinidad en ciertos grupos sociales por su carácter rebelde y llega a ser tolerada, e incluso apoyada por sectores poderosos que de manera subrepticia se benefician de estas acciones violentas:

En este escenario se despliegan los signos del poder estableciendo los códigos relacionales, siendo el acto de apropiación de los espacios públicos, por parte de los hombres, en sí un acto de rebeldía. A su vez la calle representa, también, un espacio de libertad y de expresión. Acceder a ella y librarse de las regulaciones impuestas por el sistema de ordenamiento significaría acceder a un ámbito de poder y reivindicación (Durán, 2013, p. 36).

En muchos lugares de la ciudad y no solo en los estratos más bajos, los pillos son referentes cotidianos de masculinidad que encarnan unos atributos deseables para los niños y adolescentes, quienes son atraídos por sus prácticas transgresoras asociadas a la adrenalina, a la aventura, a la seducción; así como por sus «objetos de poder», materializados en la moto, el arma y la ropa de marca. Tema explotado y convertido en estereotipo a fuerza de repetición por las multinacionales del entretenimiento, con sus narco series y películas monotemáticas perfectamente ensambladas en el «exitoso» formato tipo Hollywood, que convierten estas imágenes cotidianas en referentes identitarios que terminan siendo deseables para muchos niños y jóvenes:



[...] yo me crie en unas condiciones muy distintas a las que ahorita decía otro; por ejemplo, yo me crie en un barrio de estrato 5, que uno asocia con otro tipo de condiciones de vida y demás, pero yo recuerdo que allí había pillos, había combos, había un combo de jaladores en La Nubia, que era cerca de la casa, y los pillos del barrio yo recuerdo que uno los reconocía y nos contábamos como las proezas de ellos, había una admiración total... yo recuerdo que esas conversaciones eran permanentes, y que esos personajes eran para nosotros como héroes; después ya yo con otras cosas yo lo reevalúe...[Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

•La trampa heroica

En el proceso de consolidación de la masculinidad, muchos hombres jóvenes son atraídos por discursos heroicos que desde la institucionalidad, la clandestinidad o la delincuencia, los invitan ya sea a combatir por la patria, luchar por el pueblo o proteger el barrio. Situaciones en las cuales el camino esta prefigurado para demostrar la valentía o la cobardía a través de una serie de actos violentos que de manera sistemática se van escalonando, hasta lograr llevarlos en muchas ocasiones al escenario directo de la confrontación armada.

De hecho, una gran cantidad de hombres de nuestra sociedad que nunca llegaron a ser combatientes como tal, en algún momento de sus vidas y especialmente durante el periodo de su juventud, tuvieron algún nivel de cercanía con este tipo de dinámicas violentas, como si se tratara de una etapa «natural» en el proceso de afirmación de la masculinidad propia de nuestro contexto socio-cultural:



Yo en la universidad tuve la ocasión de estar participando de procesos estudiantiles políticos, donde había gente de izquierda mirando qué estudiantes podían capturar para sus estructuras. Eran movimientos políticos amplios, estudiábamos, asistíamos a las asambleas de la universidad, y había unas fechas alegóricas y ahí sí salía todo el mundo a tirar sus piedras... Yo me envalentoné y opté por sentirme muy envalentonado haciendo grafitis, pero no era de los que se iban con tres petardos en la mano a caerle a la tanqueta y ¡tan!; yo me hacía detrás de los arbolitos, pero sé que había unos compañeros que le sacaban a eso un gusto, o sea, también es una cosa que como hombres tenemos que preguntarnos... yo sé que esos que se iban con petardos en la mano para darle a la tanqueta no es que el asunto fuera ideológico, pues a veces sus actitudes tampoco es que fueran solidarias, muchos sí, otros no... [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 20 de 2014].

El patriarcado retoma pues el heroísmo, esa imagen arquetípica presente en todas la culturas, a sabiendas de que ejerce una gran atracción inconsciente entre las personas y la usa para legitimar y exaltar la violencia, que a su vez constituye el motor que pone en movimiento esta masculinidad tradicional y que actúa además como ordenador social que otorga estatus y establece diferencias entre los hombres y entre estos y las mujeres, a partir de una lógica de dominación y sometimiento que define las restricciones o las posibilidades de acceso a los beneficios y privilegios sociales.

LAS MEDIACIONES

Son los dispositivos a través de los cuales se transmiten los referentes culturales de la masculinidad hegemónica en los hombres, tecnologías de disciplinamiento y control que operan sobre sus mentes y sus cuerpos de una forma tan naturalizada que se torna invisible:

[...] esa gran tecnología de doble faz —anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las relaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida—caracteriza un poder cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida enteramente (Foucault, 1991, p. 83).

Estos mecanismos se expresan a través de prácticas de socialización que salvaguardan una tradición iniciática masculina que cada generación adopta y reincorpora manteniéndola vigente y que dependiendo de los contextos y de los sujetos pueden contar con mayor o menor grado de elaboración:

Los hombres se hacen, no nacen: una cultura tras otra, escenifica, para los varones, ritos de pasaje para transcurrir de la infancia a la vida adulta; en todos hay pruebas durísimas de hombría sorprendentemente similares. Por ejemplo, en los entrenamientos para el servicio en el ejército, los epítetos de “mariquita” o simplemente “mujer” no dejan dudas respecto de que si alguien no se convierte en un soldado, eso significa que no es un hombre (Moreno, 2002, p. 104).

Así pues, los escenarios descritos anteriormente adquieren vida en la interacción de los hombres y definen los senderos que son considerados socialmente aceptados en la consolidación de la masculinidad tradicional. Todos los hombres de una u otra manera han tenido que transitar por ellos y aunque hay periodos donde la presión es más fuerte, como en la infancia y la adolescencia, es un factor que suele mantenerse presente a lo largo de sus vidas.

Los guardianes cotidianos de la masculinidad en la infancia

En nuestra sociedad se aprecia un gran celo por alejar a los «hombres» lo más rápidamente posible de las prácticas que puedan ser asociadas a comportamientos considerados «femeninos» o delicados. En esta lógica, los niños varones deben lidiar desde edades tempranas con exigencias del entorno que los obligan a adoptar unos comportamientos previamente establecidos en función de su condición de género, requerimientos que se van haciendo más determinantes en la medida que se adentran en la adolescencia y posteriormente en la juventud:

[...] cuando tenía cinco años, tenía el pelo hasta por aquí [señala el cuello], y recuerdo que a veces me saludaban incluso diciendo: «¡Ay, tan linda la niña!», y yo: «¡¿Cuál niña home?, ¿Cuál niña?!». Me acuerdo mucho de esa imagen, pero la siguiente imagen es en un pupitre, iniciando primerito, motilado, con la camisita del colegio, y la foto, la foto del niño castrado, que le quitaron el pelo porque ya me figuró ser el hombrecito que entró a primero de primaria [Encuentro 4, Museo Casa de la Memoria, diciembre 4 de 2014].



Esta presión externa se ejerce de manera sutil o directa en los diversos espacios de socialización, tales como la familia, el vecindario y la escuela, a través de figuras masculinas y femeninas por lo general de mayor edad, pero se ejerce especialmente a través de hombres «más grandes», que pueden o no ser adultos, a quienes se admira porque se les atribuye un saber «superior» en relación a su masculinidad; son referentes a seguir, modelos de conducta, guardianes que velan para que «sus discípulos» no se alejen de la vía hegemónica, evitando que estos pongan en riesgo su masculinidad con prácticas «dudosas» no apropiadas para un «varón»:

Los hombres anhelan el poder por los beneficios que conlleva y comprenden tempranamente que la única manera de retener estos privilegios es ejercer la violencia no solo contra lo femenino (mujeres, débiles, ancianos, niños, homosexuales), sino también contra otros hombres, estableciendo un orden jerárquico donde el modelo del “héroe” se establece como paradigma. Fuera de este diagrama se encuentra lo abyecto, lo expulsado de lo masculino (homosexuales pasivos) quienes han perdido su calidad de hombría (Durán, 2013, p. 37).

Esos personajes «guardianes» —que pueden ser familiares, vecinos o compañeros de escuela— actúan como reguladores externo de la masculinidad, al corregir y criticar las acciones o expresiones consideradas delicadas o femeninas, y por otra parte refuerzan con halagos todas aquellas acciones catalogadas como temerarias, agresivas y avasalladoras:



La segregación en la infancia es, entonces, un primer paso en la preparación de los niños para la guerra. Los grupos de puros varones en la infancia media desarrollan prescripciones de interacción social que se usan más tarde en el ejército. En diferentes culturas, la segregación refleja la importancia de la guerra. Los estilos y temas característicos en el juego de los niños varones están muy a menudo directamente vinculados con sus futuros roles en la guerra (los juegos en que pelean, los de dominación, los temas heroicos y los guiones específicamente guerreros) (Moreno, 2002, p. 101).

Estas prácticas de socialización masculina durante la infancia crean una fuerte fusión entre masculinidad, heroísmo y violencia que deja una honda huella en las mentes y los cuerpos de los hombres, pues los predispone al uso de la violencia en etapas posteriores de sus vidas, tanto desde la perspectiva del honor como de la rebeldía, dependiendo de sus particularidades subjetivas y contextos sociales de referencia.

Rituales urbanos de masculinidad

El camino «designado» hacia la consolidación de la masculinidad en nuestro contexto no está prefigurado de manera explícita, no está escrito en ninguna parte, pero de manera latente involucra unos ritos de transición de la niñez hacia la hombría que en las sociedades urbanas, a diferencia de las culturas ancestrales o tribales, se vivencian de manera inconsciente. Sus elementos característicos son: la vinculación a un grupo o una «tribu» de pares; la incursión en el mundo de lo nocturno asociado a la fiesta, el exceso, la transgresión; la ingesta de bebidas y sustancias que alteran los estados de consciencia, y la iniciación sexual temprana (peleas, droga y sexo):

Pues yo creo que fue por los lados de sexto o séptimo, y me acuerdo que era como una cosa, como una presión desde afuera, me acuerdo que compré unos muñequitos, y digamos que ya estaba muy grande para eso... Por un lado esa presión de la gente, que decían que uno estaba muy viejo para eso y se burlaban de uno, entonces había que dedicarse a otras cosas, salir con la gente, es la época en que uno comienza a explorar, no sé si eso será ser adulto, pero digamos que era la primera vez que uno va a bailes, como que emborrachase, tomar trago y de pronto incluso hasta fumar [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

Aunque existen muchas versiones y escenarios posibles, en función de los testimonios de los participantes nos hemos enfocado en tres ámbitos específicos que en nuestro contexto suelen jugar un papel determinante en este sentido:

• Cronologías vitales

La edad de los 11 a los 13 años, que coincide con el ingreso a la secundaria, parece ser un período clave que en nuestro entorno marca un tránsito de la infancia a la adolescencia, y aunque muchos hombres perciben en retrospectiva ciertos cambios asociados a esta edad como decisiones autónomas que en su momento tomaron para hacerse más serios y así estar a la altura de las circunstancias, es un hecho que tal autorregulación obedece más a unos cánones interiorizados que de manera intangible se instalan en los sujetos y los obligan sutilmente a seguir los caminos prefigurados por la sociedad hegemónica:

También tuve un momento ya no de cicatriz sino de juegos; yo jugaba mucho en la edad escolar, hasta quinto de primaria, a las bolas, y gozaba quebrando bolas, tenía mucha puntería. Cuando llegué a la secundaria, cambié, ya era un joven mayor que no era la edad para estar jugando con bolas, entonces yo lo tomé muy en serio y llegué a la secundaria y dejé ese jueguito, y dije yo: voy a volverme como más serio, dejar la etapa de niño, ya soy un joven en la adolescencia, y eso verdad me hizo cambiar un poco la vida [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

•El paso por el ejército

En muchos contextos familiares y comunitarios se considera que el servicio militar permite formar el carácter de los jóvenes, pues se logra alcanzar una especie de madurez masculina. Esta concepción llega a tener tanto arraigo que muchos chicos sienten que deben quemar esta etapa de acercamiento a la milicia, al punto que si no viven esta experiencia pueden sentir frustración, lo que puede incluso llevarlos a ingresar a grupos ilegales para sentir que han completado la tarea que les permite alcanzar, de algún modo, su «graduación» como hombres. Otros, aunque se resisten, experimentan la presión de su entorno familiar y social que, de cierta manera, los fuerza a vivir esta experiencia:

La vergüenza es la gasolina que pone en marcha el proceso de convertir a alguien en un hombre. Los varones que no pasan la prueba de la hombría son avergonzados públicamente, humillados, y se convierten en un ejemplo negativo para los demás. Las mujeres suelen ser participantes activas en la tarea de avergonzar a los hombres para obligarlos a que vayan a la guerra (Moreno, 2002, p.105).

Este constituye un ejemplo palpable del modo en que las redes sociales y familiares de los hombres pueden llegar a encarnar, de manera inconsciente, ese mandato cultural del patriarcado que los obliga a demostrar de que están hechos, aún bajo su propio riesgo y el de otras y otros. Además, ayuda a entender la inclinación que la mayoría de los hombres sienten frente a las conductas temerarias, factor psicosocial responsable de las altas tasas de muerte y enfermedad que experimenta esta población.

[...] un recuerdo de mi familia en el ejercicio de la violencia de una u otra forma fue cuando salí apto para el ejército. Lo que recuerdo es que mis tías y mis tíos y mi mamá decían: «No, váyase que allá eso se va a volver hombre, allá sí se va a volver varón», y yo decía que no quería ir por allá, que pereza, además, yo siempre fui una gallinota de primera fila, ni pa' el dolor, ni pa' la violencia, nada, yo nunca era pa' esas vainas, nunca pues tuve tropeles en el colegio, a mí no me gustaba eso realmente [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].



• El fútbol

En nuestro contexto cultural, el fútbol, en su dimensión simbólica, es mucho más que un deporte: representa una batalla, un duelo entre dos equipos que se enfrentan para demostrar quién es el mejor. Visto desde esa perspectiva, podría decirse que esta práctica en la cotidianidad de las barriadas cumple con una función social fundamental para los hombres tradicionales, en la medida en que permite diferenciar a los buenos de los malos, a los aptos de los incapaces, y en esa medida distribuye estatus, lugares jerárquicos en la micro escala social del poder:

Yo después entendí que el fútbol era como una especie de ritual de masculinidad, porque era una forma de probar; había varias, esa era una y era muy común, y era que había que demostrar habilidad en el fútbol para tener cierto respeto, y si uno no la mostraba, entonces uno era objeto de burla, y para mí fue súper difícil eso [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

En tales contextos, un hombre que no guste del fútbol es sospechoso, raro, porque se trata de un ritual de masculinidad, una representación un tanto teatral en la que los hombres a través de sus cuerpos exhiben la fuerza y la habilidad propia de su condición de guerreros. Por eso todo el lenguaje asociado a esta actividad se articula alrededor de la gesta bélica, que aporta héroes cotidianos, semidioses a los que se rinde culto para colmar ese vacío espiritual contundente al que estamos abocados los hombres contemporáneos:



Pues de hecho yo creo que todavía a mí no me gusta el fútbol, ni cinco, a mí nunca me ha gustado, y uno sí siente como de pronto una exclusión, digamos de pronto no intencional, uno siente como que hay una sorpresa y a veces hasta cierta burla que a uno no le guste el fútbol, y uno sí siente eso, la verdad a mí no me gusta el fútbol, ese es el vínculo en general con los machos desconocidos, uno va a una fiesta y mira a los lados y uno no conoce a nadie, y la gente comienza a hablar de fútbol; en el taxi: «¿Cómo vio el partido ayer?», y yo: «¿Cuál partido?», y uno siente que hay taxistas que hasta les ofende que uno no le interese eso, que esperan que uno tiene que ser hincha de alguien y saber de eso, y vuelvo y digo: con el desconocido es como para romper el hielo, hay tres personas ahí paradas y entonces comienzan a hablar de fútbol [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

LAS SUBJETIVIDADES

En el proceso de consolidación de sus identidades masculinas, los hombres viven fuertes presiones que se ven reflejadas especialmente en dos ámbitos de su subjetividad: el cuerpo y la afectividad. Esto sucede especialmente cuando crecen en contextos muy patriarcales, donde permanentemente son sometidos a fuertes presiones por las personas de su entorno para asumir los roles masculinos socialmente asignados.

Lo anterior se presenta porque ser hombre en estos contextos equivale a ser fuerte, lo que implica convertir progresivamente el cuerpo en un objeto de poder, en un arma, en un espacio vital asociado al dolor, al sacrificio y al ejercicio de la violencia, incluso en el ámbito de la sexualidad, el cual suele estar simbólicamente asociado a la medición de fuerzas desde la perspectiva de la conquista y el dominio.

Pero además, se le exige ser controlado, no tener miedo, mostrarse en pleno dominio —independientemente de la presión a la que pueda estar expuesto—, lo que implica la puesta en marcha de un sistemático proceso de contención, ocultamiento y negación de las emociones, especialmente de aquellas atribuidas a lo femenino, tales como la ternura, la amabilidad o la tristeza, consideradas como señales de debilidad en un hombre. Por lo general, las únicas expresiones emocionales socialmente aceptadas para los varones, en ciertas circunstancias, son la ira, la rabia y la crueldad, mientras que el llanto solo es tolerado en situaciones de embriaguez o en los casos donde se considere que ha sido «mancillado» públicamente el honor masculino.

Como puede apreciarse, los aspectos relacionados con la construcción del esquema corporal y la interacción con las emociones, constituyen dos elementos transversales que permiten entender parte de lo que sucede con los hombres en el proceso de consolidación de sus masculinidades, elementos claves que dan pistas para comprender el proceso mediante el cual un niño de cinco años imaginativo, flexible, expresivo y tierno, llega a transformarse con el correr de los años en un hombre racional, rígido, inexpressivo y áspero.

• Los territorios de las masculinidades

La instrumentalización de los cuerpos, así como la racionalización de las emociones, son las marcas visibles de esa ruptura primordial que los hombres, en mayor o menor medida, establecen con sus necesidades vitales profundas. Huellas tangibles que evidencian el paso de los crueles dispositivos patriarcales por sus territorios interiores, donde se imponen unas separaciones artificiales que facilitan la administración de los cuerpos y la creatividad de los sujetos por parte del poder, a través de unos regímenes de sentido que utilizan su fuerza e ingenio para mantener un sistema depredador que utiliza a los hombres como baterías prescindibles y cultivables, en una condición de enajenamiento tan honda que por lo general se torna imperceptible, salvo en los casos en que ellos despiertan de este letargo interminable para empezar a integrar sus trozos sueltos, para conectarse con su potencial creativo transformador.



• Corpo-oralidades

Los cuerpos de los hombres desde temprana edad son preparados y disciplinados para el endurecimiento, la insensibilidad y la confrontación. En este sentido, la violencia cotidiana, tan naturalizada que tiende a tornarse invisible, se convierte en el instrumento principal de disciplinamiento y control que insta en los hombres esquemas comportamentales agresivos que con el tiempo se hacen automáticos, y en esa medida, inconscientes.

Foucault (1976) nos ayuda a vislumbrar esta dinámica cuando refiriéndose a la disciplina afirma que esta constituye el mecanismo del poder a través del cual se hace posible llegar a controlar el cuerpo social de manera sistemática y detallada, «logrando tocar los propios átomos sociales» —es decir, a los individuos— a través de unas «técnicas de individualización del poder», referidas a la posibilidad que estas brindan de vigilar a un sujeto, controlar su conducta e «intensificar su rendimiento».

Las masculinidades hegemónicas son mucho más que un asunto ideológico; constituyen un conjunto de representaciones que se materializan, que literalmente adquieren vida encarnándose en el cuerpo individual y social como una especie de exo-esqueleto que se instala sin que su anfitrión lo note, controlando gran parte de sus reacciones y comportamientos cotidianos.

De esta manera, resulta muy útil retomar algunos de los planteamientos de Foucault, quien identifica dos formas principales en que los dispositivos de disciplinamiento actúan sobre los cuerpos, modelándolos de acuerdo con sus intereses.

En el primer caso, introduce la noción de *anatomopolítica*, palabra que hace referencia a la manera singular en que este proceso actúa sobre el cuerpo individual, con lo que evidencia, por un lado, la manera en que el poder atomiza los cuerpos para controlarlos, y por el otro, la forma en que lo político termina por insertarse en la anatomía de las personas, materializándose:

Concretamente, ese poder sobre la vida se desarrolló desde el siglo XVII en dos formas principales; no son antitéticas; más bien constituyen dos polos de desarrollo enlazados por todo un haz intermedio de relaciones. Uno de los polos, al parecer el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano (Foucault, 1991, p.83).

Esta noción nos resulta muy útil para comprender muchos de los asuntos que aparecen en los testimonios de los hombres con los que hemos venido trabajando en el Museo, en relación a esas manifestaciones físicas que se expresan a través de los gestos, las miradas, las posturas propias de las interacciones de los cuerpos masculinos en los espacios cotidianos.

En el segundo caso, Foucault propone el término *biopolítica* para dar cuenta de la manera en que este proceso de disciplinamiento y control sucede también a escala social, a partir de los procedimientos de carácter masivo relacionados con la salud pública, desde donde se establecen parámetros reguladores que afectan directamente a toda la población:

El segundo, formado algo más tarde, hacia mediados del siglo XVIII, fue centrado en el cuerpo-especie, en el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar; todos esos problemas los toma a su cargo una serie de intervenciones y controles reguladores: una biopolítica de la población (Foucault, 1991, p.83).



La biopolítica se enfoca en el control de las poblaciones a través de dispositivos propios de las ciudades contemporáneas, diseñados para fijar y sujetar a las personas a un territorio donde los ciclos y rutinas faciliten su regulación, donde la multiplicidad de los cuerpos pueda ser canalizada. En este sentido, podríamos hablar de la existencia de dispositivos materiales —como los sistemas de transporte masivo, los parques, las fábricas—, pero también de unos dispositivos inmateriales —como el miedo y el terror, que administrados adecuadamente aseguran la regulación eficiente del cuerpo social y garantiza que se mantenga dentro de los causes deseados.

Es importante dejar claro que este bio-poder, expresado a través de la disciplina de los cuerpos y el control de las poblaciones, favoreció la consolidación del capitalismo, a la vez que operó como elemento de «segregación y jerarquización social», al influir en la correlación de fuerzas de unos hombres con respecto a otros y «[garantizar] relaciones de dominación y efectos de hegemonía». (Foucault, 1991, p.84).

A continuación evidenciamos las maneras concretas en que esta anatomopolítica se expresa en los cuerpos de los hombres, para ello se retoman los testimonios de aquellos que participaron en la primera etapa de la investigación.

• Cuerpos marcados

En muchos hombres las marcas en el cuerpo, las cicatrices, son escrituras, textos, gramáticas, que dan cuenta de las pruebas que han debido superar para probarse, para aceptarse a sí mismos y ser reconocidos por los otros como hombres. Cuerpos endurecidos, cerrados, marcados, preparados para el choque, para la fuerza, que se exhiben, corriendo riesgos, exponiéndose para deslumbrar, para sorprender, para ganarse un lugar:

Entonces, una de estas cicatrices fue en un bar en Las Palmas y fue peleando, fue una pelea gratuita, una de esas peleas buscadas pendejamente, yo en ese momento la llamaba una pelea deportiva, como que era no sé porque, por agitar un poco la adrenalina, y creo que por sentirme muy hombre, me imagino que algo de eso había ahí [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

• Cuerpos arma

“Para qué hablar si puedo matar al otro”⁸.

Estos cuerpos preparados pacientemente por la violencia cotidiana, en situaciones de presión o estrés reaccionan de manera automática; desprovistos de palabra, se vuelven objetos endurecidos potencialmente peligrosos. La violencia es entonces esa matriz que de manera sutil adiestra a los hombres desde la infancia, disciplina sus cuerpos para una guerra futura que no solo se librarán en el plano militar, sino también en los negocios, el trabajo, el amor, y en general en las relaciones cotidianas. La vida militar se nutre de este aspecto presente en nuestro ADN cultural y lo explota hasta el límite:

⁸ Fragmento del testimonio de un participante [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].





¿De qué forma yo también reproduzco esos patrones de la guerra? ¿Por qué cuando yo he conducido por ejemplo la moto, muchas veces se me salía, me encanaba, y era como si me habitara un personaje? Muchas veces hice el ejercicio de irme a una hora pico despacio, y de pronto yo sentía que todos empezaban a pasar sobre mí y que me iban a arroyar, fueran los motociclistas o los carros, entonces se me salía el pillo y lo encarnaba en la moto y mi cuerpo se transformaba, ¡y ese era yo, pero no era yo! Yo quisiera invitar a esos personajes a que hablaran, porque es que esos son los que no hablan, a los que les cuesta nombrar las cosas, porque para qué hablar si puedo matar al otro, y yo no maté al otro solo con una bala, yo mato al otro también desde lo simbólico, cuando le borro su condición, cuando lo cosifico. [Encuentro 4, Museo Casa de la Memoria, diciembre 4 de 2014].

- **El lenguaje expresivo de los cuerpos silentes**

En las lógicas de la interacción masculina convencional, algunos aspectos de la expresión corporal y gestual juegan un papel determinante en cuanto al tipo de mensaje que se quiere transmitir. En esta perspectiva, la manera de caminar, la seriedad en el rostro y la mirada sostenida, son claros signos de desafío. Muchas peleas entre hombres se inician cotidianamente a partir del cruce de miradas desafiantes, del mutuo despliegue de actitudes y movimientos despectivos, es decir, de unas prácticas performativas codificadas, aprendidas desde la infancia en los procesos masculinos de socialización. En los territorios que se encuentran en disputa por actores armados, este lenguaje es tan material, tan concreto, tan contundente, que a menudo el transeúnte desprevenido que sin saberlo cruza por estas geografías de guerra, no necesita cruzar palabras con nadie para comprender el ambiente de tensión y peligro en el que se encuentra accidentalmente inmerso: la sola disposición de los cuerpos en el espacio, la gestualidad y las miradas que lo observan fijas, sin parpadeo, resultan contundentes:

[...] otro asunto que me llama la atención es el asunto de la mirada, de la mirada de terror... la mirada de meter miedo... leía sobre una entrevista a un paramilitar en la época fuerte del paramilitarismo en Urabá... ¡ah no!, perdón, era un comandante de la guerrilla, que tenía que tener esa mirada y esa gestualidad de miedo, y se vuelve una cosa tan automática que hasta se los pillan muchas veces, porque tener una cara fiera, la gente dice: «Oiga, ¿usted prestó servicio militar o usted qué?», porque precisamente les ven esa actitud indoblegable, así, esa mirada firme, como de generar miedo o terror en el otro. [Encuentro 4, Museo Casa de la Memoria, diciembre 4 de 2014].

• Los costos de las poses sostenidas

Entre los hombres que se encuentran inmersos de manera acrítica en las dinámicas masculinas hegemónicas, las poses de fuerza y control juegan un papel muy importante, puesto que definen en gran medida el lugar que se puede llegar a ocupar en términos de jerarquía al interior del grupo de referencia, que bien podríamos denominar como la manada. Estas máscaras, estos trajes, que buscan mostrar autodominio e imperturbabilidad ante los otros, que tratan de generar miedo, suelen quedarse adheridas al rostro, al cuerpo, generando fuertes incapacidades para el encuentro genuino con los otros hombres y mujeres:

Además de portar un arma y de pavonearse como un “gran hombre”, la masculinidad militarizada tiene otros componentes importantes. [...] la “máscara de guerra” [es] un rostro que busca de forma explícita inspirar terror en los otros y es un firme vestigio de su participación [pasada o actual] en un grupo armado (Theidon, 2009, p.18).

En otros términos, sostener la postura de imperturbabilidad puede tener un costo emocional muy alto, el cual puede llevar a muchos hombres a hundirse en una profunda y dramática soledad, que adquiere su manifestación más patética durante el periodo de la vejez, donde muchos hombres históricamente altivos y prepotentes terminan sus últimos días sumidos en unas soledades dramáticas, deambulando como fantasmas por los pasillos de las casas, de los inquilinatos, de los hogares geriátricos; absolutamente desolados, vulnerables, incomunicados:

¡Nos enseñaron tanto a exhibirnos! Podríamos ser mejores personas, pero por sostener el cañazo la gente no lo es [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

Deberíamos aprender de cobardías, aprender a no exhibirnos, abandonar los embustes de esta sociedad [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

• La distancia emocional

La presión masculina del entorno suele llevar a los niños en tránsito hacia la adolescencia a un distanciamiento de su afectividad, que a menudo es vista como señal de debilidad por los hombres mayores del «clan» (grupo familiar de referencia), quienes encarnan los rasgos deseables de fuerza y actitud atribuidos al deber ser de la masculinidad; hombres referente que en su momento también tuvieron que cortar de tajo con sus manifestaciones afectivas, presionados a su vez por las figuras masculinas que en ese momento se les imponían, en una perpetuación interminable de una práctica de «extirpación» sistemática de la sensibilidad en los hombres, con secuelas significativas a lo largo de sus vidas.

Es común que a los hombres jóvenes se les enseñe que es correcto expresar su rabia agrediendo a otros. Las agresiones se justifican como reacción común o inevitable ante una amenaza, como una conducta aceptable e incontrolable de los jóvenes. Sin embargo, no se les enseña a expresar libremente un repertorio amplio de emociones como el amor, el erotismo, la tristeza, la pena, la impotencia, el miedo y la culpa, ni a contar con herramientas para resolver conflictos de modo pacífico (Cultura Salud, 2010, p. 34).

Aquellos que se resistan a reprimir su sensibilidad deben asumir el rechazo y la tiranía de una sociedad que no soporta en los hombres los rasgos asociados al cuidado, la ternura y la afectividad:

[...] y lo otro sí fue como en la casa, no me acuerdo bien de la fecha, como el reclamo de un primo por uno ser muy cariñoso con la mamá, como el «usted está muy viejo para eso», y el regaño del primo: que uno está muy viejo para eso, o usted tan mimado, entonces yo me acuerdo que desde eso yo cambié con mi mamá, o sea, generé como una distancia, porque yo ya estaba muy viejo para eso [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

[...] es que yo creo que ser hombre es eso, sí, distancia, uno no puede mostrar afecto [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

• Heridas de las paternidades hegemónicas

Los hombres que desde niños experimentan sensibilidades que no encajan en las lógicas masculinas paternas, y en esa medida no colman sus expectativas, perciben una distancia emocional con sus progenitores, que tiende a hacerse más profunda en la medida que van creciendo. Para estos padres instalados en unos referentes de masculinidad que consideran unívocos e incuestionables, las actitudes y prácticas que desde su perspectiva no son propias de un hombre generan en ellos decepción y rechazo frente a este tipo de hijos, de los que suelen sentirse avergonzados.



Los padres y los familiares tienen un papel fundamental en la estimulación y aprobación, así como en la desaprobación de comportamientos violentos en niños y hombres jóvenes. Padres estresados, de todos los niveles socioeconómicos, tienden a usar más la intimidación y la disciplina física contra sus hijos/as en general, y más aún contra los hijos hombres, lo que puede causar una rebeldía por parte de los muchachos. Por otra parte, los hombres jóvenes que son cuidados por sus familias, que participan en actividades en conjunto y son acompañados de cerca, con respeto y afecto incondicional, tienen menos probabilidades de tornarse violentos (Cultura Salud, 2010, p. 36).

En ocasiones, solo tras largas luchas subjetivas a lo largo de los años, algunos de estos hombres logran ganar la aceptación de sus padres, pero muchos de ellos, para ser fieles a sí mismos, tienen que asumir estas rupturas radicales que nunca logran resarcirse:

[...] muy desde los ocho años fui consciente de que había una cosa que generaba fricción, que no podíamos él [refiriéndose a su padre] y yo hacer juntos, que la identidad de lo que yo tenía que hacer para ser válido como que no era la misma que él creía, que él pensaba, por la forma en que él fue criado, [como] un campesino. También escuchando y a veces viendo la relación de mi abuelo con sus hijos, ¡bueno!, desde muy niño, yo creo que lo vi, vi que hay había algo que no fluía, que era como aparatoso, como doloroso [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].

•La «amorosa agresión»

Para muchos hombres existe una línea de continuidad entre la violencia y la afectuosidad, al punto que a veces les resulta difícil diferenciar sus contornos. De hecho, es muy frecuente en los grupos de hombres jóvenes observar como en nombre de la amistad y la confianza generada entre sus miembros, permanentemente se dan «agresiones afectuosas» vía el coscorrón, la patada, el golpe, así como las simulaciones de peleas que

no en pocas ocasiones terminan en disputas reales. Situaciones que de alguna manera se re-editan y aparecen de un modo menos físico, más verbal, en los grupos de hombres adultos, en quienes es frecuente el trato obsceno, el uso de apodos, el bulling humorístico y la ridiculización en público. Estrategias de interacción que superficialmente cumplen con la función de divertir, pero que implícitamente permiten establecer jerarquías al interior del grupo a partir de la medición y choque de fuerzas que se definen en función de la capacidad de generar mayor «daño» en quien recibe la chanza, convirtiendo estos escenarios cotidianos en pequeños campos de batalla, matizados por unas afectividades conexas que permiten la permanencia en el grupo a partir de unos paradójicos sentimientos de «amorosa agresión»:

Digamos que me llama la atención esa frontera un poco ambigua entre violencia y cariño, porque el pogo y las peleas fueron los que me dejaron las cicatrices y ambos me dieron golpes. Entonces, en un caso había la pretensión agresiva y violenta, y la otra es una forma de manifestar cariño, pues, yo no he asociado el pogo con violencia, para mí es una forma de cariño, una forma agresiva de cariño, pero es cariño [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].



EL ROSTRO LETAL DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

Masculinidades violentas

En muchos casos la violencia inicia mucho antes de su manifestación explícita; empieza con los tipos de interacciones que establecen las personas basadas en relaciones «superficiales» donde predomina la cosificación del otro, donde no existe el interés genuino por el encuentro ni por el intercambio humano, donde el otro es tomado como un objeto prescindible, sin rostro y sin historia.

Este modelo de interacción, ampliamente difundido en nuestro contexto, ha generado la base sobre la que se han consolidado otras violencias mucho más explícitas y dramáticas, basadas en el borramiento literal del otro en procura de obtener algún tipo de beneficios materiales cuando se considera que la ocasión lo amerita:

También está el elemento cultural, como esa conexión que hay con el tema de lo paisa, siempre asociado para mí como a despojo, como a abuso, como que uno llega a lugares y siempre encuentra representantes de esa cultura, siempre apropiándose de los recursos de otros, siempre con esa formalidad forzosa, de billete, que uno sabe que no le están saludando con aprecio, que no les importa uno sino que lo que importa es que usted compre [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

La violencia es uno de los hilos de la urdimbre que le dan estructura a la masculinidad patriarcal, al instaurar unos regímenes de sentido que atraviesan los cuerpos de los hombres, para luego administrarlos a través de la guerra que constituye el emprendimiento más rentable con el que la sociedad occidental ha contado desde sus inicios para expropiar, despojar y adueñarse de vidas y tierras a lo largo de la historia:

[...] la violencia es una coordenada común, un elemento muy fuerte, muy asociado al ego, como lo que contabas ahorita de la admiración con esos personajes que desafiaban la ley, que delinquían, que sigue siendo, pues, una constante [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

Las historias de muchos hombres están pobladas de recuerdos violentos de la infancia, donde estuvo presente el maltrato por parte de una persona mayor, generalmente hombre, como si la indefensión exacerbara ciertas tendencias a la crueldad en aquellos que en determinado momento se perciben con cierto poder en relación a otros más indefensos, situación especialmente evidente durante la infancia y la adolescencia, como si existiera un mandato cultural donde la diferencia de edad y de tamaño físico se tradujera en opresión, en lugar de protección:

Aunque los niños varones están más predispuestos en promedio al juego revoltoso, no son “más toscos” que las niñas de manera innata. No tienen menos emociones o vínculos ni sienten menos dolor. Es obvio —en vista del enorme esfuerzo de la mayoría de las culturas en modelar varones “rudos”— [que] no es una tarea fácil o natural. Cuando



criamos a los niños varones dentro de las normas de género contemporáneas, en particular cuando los presionamos para que se “endurezcan” y no lloren, pasamos de unas formas elementales de masculinidad a otras compatibles con el sistema de la guerra (Moreno, 2002, p. 105).

Incluso, muchos niños que tienen que crecer en entornos hostiles donde se encuentran abiertamente en desventaja y se sienten amenazados permanentemente en su integridad, tienden a adoptar rápidamente comportamientos agresivos que se expresan mediante actos violentos, percibidos por ellos como de «legítima defensa», que pueden terminar convirtiéndose en pautas básicas de interacción con el entorno y con los otros, dichos comportamientos mutan durante las diferentes etapas de la vida:

[...] las travesuras de uno cuando era niño, cuando estaba en la edad escolar... yo era muy travieso y me gustaba tirar piedras, pero lo hacía más que todo para la defensa, pero después vi, cuando estaba más grande, que esa no era la forma de reaccionar, a mí la persona más grande me pegaba y yo no podía responder, entonces yo cogía la piedra, ¡y tenga!, y así fuera hombre o mujer, el que fuera... pelao, de seis, siete, ocho años... [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

De ahí que asistan a la memoria las múltiples escenas de los comics, el cine y la televisión, sostenidas durante generaciones, en las que es común que los personajes más fuertes maltraten a los más vulnerables y contribuyen a naturalizar este tipo de situaciones en las mentes de niños en desarrollo, que muchas veces

no logran diferenciar lo real de lo ficticio. Todo parece indicar que los hombres somos entrenados desde la primera infancia para reproducir patrones violentos, esta premisa se evidencia en los distintos ámbitos de la cultura, la familia, el vecindario, la televisión y el cine:

Son los niños varones, no las niñas, el tema principal en la reproducción de los roles de género para la guerra; ellos son el centro del modelaje de género en la infancia, presumiblemente porque son ellos lo que podrían luchar en una guerra en algún momento (Moreno, 2002, p. 105).

Todo hace suponer que existe un interés estratégico de ciertos sectores de poder que buscan reproducir y mantener un estado de violencia latente o manifiesta en las mentes masculinas, esperando el momento propicio para desencadenarla redirigiéndola hacia intereses específicos, como quien canaliza el agua en una represa para aprovechar esa energía subyacente en el momento que la requiere. Tal vez no se trata de un poder omnipresente que mide y calcula cada asunto, pero sí resulta claro que «La construcción de ciertas formas de masculinidad no es un aspecto accidental del militarismo, sino que es esencial para su mantenimiento. El militarismo requiere de una continua ideología de género tanto como requiere de armas y municiones» (Theidon, 2009, p.6).

[...] yo creo que fue como a los tres años más o menos, es como el primer recuerdo de violencia que yo tengo, y estábamos allá en la casa en la pieza del servicio, una pieza por allá, un recoveco, y recuerdo que yo no era capaz de pronunciar bien la r, y a él le divertía eso, entonces él me decía: «Diga carro», y yo decía: «Caro», y ¡tan!, me daba un coscorrón, y otra vez: «Diga carro», y yo: «Caro», y ¡tan! otra vez, y se cagaba de la risa y yo sentía que detrás de eso había un sadismo ahí, es que como que le gustaba montármela, entonces yo tenía esa sensación de violencia, yo sentía eso, y sobre todo indefensión, pues él tenía seis o siete años, pero para mí él era el grandulón, yo era un bebé [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

Ahora bien, los niños que crecen en zonas de conflicto armado tienen altas probabilidades de ingresar a la guerra en su adolescencia o juventud, porque todo en su contexto valida el uso de las armas, naturalizadas como parte de un estilo de vida que en medio de condiciones sociales de precariedad puede generar poder, dinero y estatus social:

La segregación en la infancia es, entonces, un primer paso en la preparación de los niños para la guerra. Los grupos de puros varones en la infancia media desarrollan prescripciones de interacción social que se usan más tarde en el ejército. En diferentes culturas, la segregación refleja la importancia de la guerra. Los estilos y temas característicos en el juego de los niños varones están muy a menudo directamente vinculados con sus futuros roles en la guerra (los juegos en que pelean, los de dominación, los temas heroicos y los guiones específicamente guerreros) (Moreno, 2002, p. 101).

De otro lado, en los espacios íntimos esta predisposición bélica del entorno también se refuerza con unas prácticas sociales de regularización de la masculinidad, que desde la primera infancia facilitan las condiciones para que los niños empiecen a identificarse con los referentes de la guerra. Dichos referentes permiten, por ejemplo, que desde ese momento, a través del pretexto del juego, empiecen a asociar el uso de su dedo índice con el gatillo de la pistola de juguete:

Algunos niños de Urabá decían «Yo quiero ser guerrillero, paramilitar o policía», y al preguntárseles el por qué, decían «porque jugábamos a las armas». Esos niños no ven a los más grandes como ejemplo. Decían: «Usted se la pasó cinco años estudiando y lo mandaron para acá», entonces los niños desde pequeños quieren eso y lo ven a uno como un bobo, estos niños con cinco y seis años ya están convencidos de la guerra [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].





Las pautas de hombría que se fomentan a través de las violencias cotidianas en la calle, la familia, la escuela, van preparando al niño para convertirlo en un hombre indolente, soberbio, temerario, desconectado de sus realidades vitales internas, listo para probarse en el fragor de la guerra:

[...] esos patrones [refiriéndose a los estereotipos de género] son los que nos han llevado también a ese conflicto de guerra, donde... ¿Por qué un hombre va a la guerra? Algunos porque... como porque les toca, pero a otros es porque ya desde niños la guerra se las han marcado, ese patrón del hombre es una persona aventurera, no le tiene miedo a nada, entre más fuerte sea más varón es [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].

Masculinidades militarizadas

En un país como Colombia donde la economía de la guerra juega un papel determinante en el mantenimiento de las inequidades, y donde la violencia instrumental aporta el mayor porcentaje de homicidios al año, vale la pena preguntarse por las relaciones entre las masculinidades y la guerra, teniendo en cuenta que el mayor número de víctimas fatales son hombres (92%), al igual que el mayor número de perpetradores de dichos asesinatos:

Según el arma o mecanismo causal con que se cometen los homicidios, se tiene que el uso de armas de fuego de lejos continúa siendo la preferencia de los agresores con el 76,67% de los casos. Esto hace pensar en un tipo de violencia totalmente instrumental (en la que se utiliza al homicidio como instrumento para la obtención de algún fin) ocasionada por estructuras criminales organizadas (Medicina Legal, 2014, p. 87).

En este punto nos detendremos a analizar las masculinidades militarizadas a través de los testimonios de los participantes y en diálogo con algunos autores que han profundizado en este aspecto.

• Los roles masculinos y femeninos en una economía de guerra

En muchos casos la participación en la guerra no es una decisión consciente, muchas circunstancias pueden llevar a un hombre a involucrarse en ella. Es una superestructura tan bien articulada con las prácticas de masculinidad cotidianamente aprendidas a través de la reproducción de las violencias cotidianas, que en muchos contextos y situaciones puede parecer una decisión natural:

En el complejo escenario de violencia que caracteriza a Colombia, pasar por el ciclo de pertenecer a un grupo armado es un ritual para muchos jóvenes. En un contexto de violencia generalizada, la proliferación de redes criminales, un mercado laboral legal limitado y una economía cultural que fusiona las armas, la masculinidad y el poder, el hecho de sostener un arma no es necesariamente una aberración (Theidon, 2009, p.13).

Además de la fascinación que esta vía puede ejercer en muchos hombres por cuestiones relacionadas con poder y reconocimiento, también influyen otros móviles relacionados con la presión económica:



Es importante pensar en quien no tiene la posibilidad de elegir, si es cobarde o no. Por ejemplo hay campesinos que no les queda más opción que agarrarse a disparar para así poder comer; cuando el campesino no tienen con qué comer, no se pone a pensar en términos éticos. Busca que le den un arma y que le paguen, no tienen dilema ético, esas acciones hacen parte de estructuras históricas que trascienden al individuo [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

Y a los soldados de parte del Estado les acontece lo mismo, solo que terminaron en ese bando, es decir, lo que les motiva es poder pagar sus alimentos. Sin embargo, ambos están hartos de darse tiros, de ahí que añoren la paz para que otras personas no vivan lo que les ha tocado vivir [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

Entonces la guerra no es algo que solo tenga que ver con lo individual, tiene que ver con algo más histórico [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

Uno de los elementos comunes que comparten muchos combatientes de los diferentes grupos armados es su condición social. Por lo general se trata de hombres provenientes de ambientes precarios y violentos, con escasa escolaridad y mínimas posibilidades de ascender socialmente en sus contextos de origen, realidades globales compartidas ante las que poco importa si se trata de jóvenes provenientes del campo o de las ciudades:

Aunque existen diferencias importantes entre los hombres jóvenes y los grupos en los que lucharon, lo que quisiera enfatizar son los antecedentes de esa clase social compartida. La masculinidad militarizada que ejercen es el resultado del entrenamiento de combate que incluye tanto el adoctrinamiento corporal como [el] emocional; así mismo refleja una dinámica de clase más amplia que me ha llevado a efectuar un análisis en términos de una economía política de la masculinidad (Theidon, 2009, p.17).

En estas condiciones, muchos hombres encuentran en la vía armada una opción de alcanzar el prestigio social que de otra forma les resulta casi imposible, pues prácticamente «[su] capital corporal y la extrema importancia que se asigna a la fuerza física y destreza con las armas puede ser todo lo que tienen para ofrecer en el mercado laboral» (Theidon, 2009, p. 17).

En estas dinámicas de la guerra, además de los limitados símbolos de prestigio —que se centran principalmente en la destreza corporal para el combate y el acceso a las armas—, las mujeres que se encuentran inscritas en estos códigos de interacción también juegan un papel determinante, en tanto que anhelan estar cerca a este tipo de hombres, pues desde su perspectiva consideran que les proveen seguridad física y material, en contextos precarios donde los riesgos generados por la confrontación armada son muy altos y donde «Las armas—y los hombres que las usan— son al mismo tiempo una amenaza y una fuente de seguridad en un ambiente en extremo violento» (Theidon, 2009, p.15).

[...] dicha masculinidad militarizada es parte de una representación: el público no solamente está compuesto de otros hombres con los que luchan por un lugar dentro de la jerarquía del grupo armado, sino también [...] por las jóvenes mujeres que buscan a estos grandes hombres porque son parejas deseables en una economía de guerra. El hecho de ser deseables resalta el papel de la mujer en “formar hombres” (Theidon, 2009, p.14).

Esta dialéctica que se establece entre hombres y mujeres inmersos en contextos de confrontación armada, condiciona enormemente a unos y otras en la configuración de sus roles de género y estimula la generación de unas pautas y representaciones que se refuerzan mutuamente en correlación con la guerra y de las cuales resulta muy difícil excluirse, ya que quedar por fuera de esta economía de guerra implica para los hombres en cierta forma invisibilizarse, quedar al margen:

Digamos que un tipo tiene una motocicleta, un arma – ese es el hombre que las mujeres buscan. Es el tipo de hombre que les gusta. [...] Ahora vamos al tipo que sale todos los días, lleva su almuerzo, va a trabajar y va del trabajo a su casa. Incluso, saca el tiempo para estudiar. ¡Ah! ¡Ese tipo es un chiste, un tonto! No es como el tipo que va de arriba abajo con su pistola y su motocicleta. A las mujeres les gusta ese tipo, tiene poder y puede cuidarlas. Así son las cosas (Testimonio en Theidon, 2009, p. 20).

Además del rol enunciado, las mujeres en contextos de guerra asumen múltiples funciones que se vinculan con esta desde lugares distintos al de combatientes:

La feminidad no constituye tan sólo un punto de referencia negativo para que los varones establezcan el conjunto de valores de la “hombría” en un contexto de género. Además de representar todo aquello que los hombres no son, las mujeres contribuyen al sistema de la guerra en una multitud de papeles que agregan significados a la posición masculina de los combatientes. Los roles femeninos en el sistema de la guerra son desempeñados por mujeres que sirven a la guerra en miles de formas en roles específicos de no combatientes, tales como el de madre, enfermera, prostituta, “Adelita”⁹, víctima de violación e inclusive pacifista (Moreno, 2002, p.105).

Estos lugares que las mujeres entran a jugar en el «sistema de la guerra» ayudan a entender el sentido de las violaciones sexuales, tan frecuentes en los escenarios de confrontación:

Históricamente, los ejércitos violan a las mujeres para humillar a los varones del ejército contrario despojándolos de su valorada propiedad. [...] La violación es un crimen de dominación, y de lo que se trata la guerra es precisamente de la dominación: aparentemente no tiene nada que ver con la presencia de prostitutas u otras mujeres disponibles,

⁹ Fragmento del testimonio de un participante [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

con lo que muestra que no se relaciona con el deseo sexual (Moreno, 2002, pp. 108-109).

Lo que queda claro entonces es que en medio de una dinámica de guerra, la ausencia de una reflexión crítica tanto en los hombres como las mujeres puede llevarlos fácilmente por inercia cultural a asumir unos roles activos y directos:

Cuando nos referimos a la guerra, no podemos hablar de culpabilidad y de inocencia; la ilusión feminista de que las mujeres somos pacíficas por naturaleza y de que, por consiguiente, estamos al margen de todo cuanto ocurre en el mundo de la masculinidad y la violencia, solamente tiene sentido cuando existe una verdadera consciencia y una reflexión crítica de la guerra; es decir: ser mujer no implica ser pacifista —como tampoco, por cierto, implica ser feminista. Pero además, feminista no es sinónimo de pacifista, aunque las dos reflexiones confluyan y, en su desenlace, presenten afinidades notables (Moreno, 2002, p. 113).

• Los patriarcas o la auto-preservación del sistema guerra

En un país impuesto por los hombres, con su guerra permanente, con sus miserias, con las lógicas del miedo; se destaca una tipología particular de hombre adulto obnubilado por el poder, dispuesto a todo por encarnar al patriarca. Este personaje ha tenido muchos nombres: el caudillo, el patrón, el comandante, el general, el jefe, el duro, el rey, el capo y el cacique, nombres que se actualizan en cada nueva generación:

El tema de la guerra en este país es muy particular y creo que la han escrito los hombres, especialmente en ejercicio de imponer la visión de país que hemos querido; el país que tenemos es la visión de nosotros pues como hombres [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].

En la reedición generacional de la guerra las figuras adultas masculinas juegan un papel fundamental como transmisores de este funesto legado a las nuevas generaciones. Es un parámetro que se hereda, que busca la autopreservación del sistema patriarcal, que evita a toda costa cualquier posible desvío de esa pauta estandarizada de efectividad letal comprobada. En todos los ejércitos, tanto los legales como los ilegales, incluidos los grupos delincuenciales de trayectoria, los «viejos», los «cuchos», los veteranos, juegan un papel fundamental en su direccionamiento y control:

Cuando se hacen los presupuestos mandan a los jóvenes a tocar de puerta en puerta, mientras los adultos se roban la plata [...] Los viejos negociando la guerra y los jóvenes haciendo las cosas como son [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

En el ámbito de lo público, históricamente, las prácticas políticas en Colombia han sido ejercidas por unos «patriarcas» en tensión permanente, quienes a espaldas de la sociedad toman decisiones fundamentales para toda la nación, al estilo de los hogares patriarcales tradicionales donde los padres autoritarios imponen sus leyes y toman unilateralmente decisiones que afectan a todos los miembros de la familia, sin importarles los costos que ello implique, sin preguntar, sin concertar. Eso evidencia lo lejanos que estamos como país frente a los cambios culturales necesarios que nos permitan salir del «atolladero» histórico en el que nos encontramos:

[Uno de los participantes refiriéndose al contexto de los diálogos en La Habana]: [es] una cuestión de hombres, quién tiene más poder, quién cede. El tema de masculinidades es el tema de quién cede, el tema de quién muestra el poder... El tema del conflicto no puede ser estrictamente el tema de las condiciones sociales, sino también el tema del macho hombre, el tema de poder: yo muestro porque soy capaz, te presiono porque soy capaz [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].



Los dispositivos de cohesión y disciplinamiento, propios de la guerra, presionan a los hombres para que formen parte de su engranaje, ya sea como colaboradores, perpetradores de acciones violentas o como receptores de ellas; así imponen sus regímenes de sentido sobre los cuerpos y los lugares a partir de la concepción maniqueísta del aliado o el enemigo, concepción que determina quién permanece o debe huir, cuáles son los lugares permitidos y cuáles los prohibidos, quién puede movilizarse y quién tiene restricciones, quién puede vivir y quién puede morir. En esta dinámica, las jerarquías y la antigüedad juegan un papel fundamental para reproducir un efecto de subalternización de unos hombres respecto a otros, a partir de unos rangos preestablecidos:

Aquellas figuras de la masculinidad que se encuentran más ampliamente a través de las distintas culturas y épocas no son arbitrarias, sino que están configuradas por el sistema de la guerra. La guerra requiere que haya hombres dispuestos a soportar una experiencia extremadamente penosa y dolorosa, y a quedarse ahí el tiempo que haga falta a pesar del impulso de escapar. Para lograrlo, un hombre tiene que aprender a negar todo lo que encuentra en sí mismo de femenino y suave (Moreno, 2002, p. 104).



• Los matices de la guerra

¿Hay diferencias entre quienes empuñan un arma? Son iguales en tanto su acto de estar armados, pero diferentes en cuanto a las razones o motivaciones que los pusieron allí; son iguales en tanto que usan esas armas para imponer sus posturas o las de sus jefes, y en esa medida están dispuestos a usar la fuerza, a cegar la vida de otros; son iguales en cuanto a lo que representan con su uniforme y su arma, pero hay matices entre aquel que disfruta al ejercer crueldad y mata con placer, frente a ese que llega allí arrastrado por los acontecimientos que padece su condición, que sufre con cada acto brutal al que se ve abocado:

En cualquier momento la bestia sale; tenemos muchas bestias latentes. ¿Cuánta posibilidad de motosierra y de descuartizadores por ahí? No tenemos un Mandela que nos una. ¿Cómo le van a sanar el alma a tanta gente? [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

El resultado es el mismo: desolación, muerte, desarraigo, orfandad, duelo, vacío. La diferencia está en quien ejecuta el acto, entre ese que satisface sus tendencias sádicas y aquel que jamás dormirá una noche completa al lidiar con el pesado fardo de las muertes ocasionadas. Una vez por fuera de la guerra, unos seguirán añorándola, buscándola, ejerciendo violencia; otros buscarán opciones, intentarán resarcirse, reinventarse, superarse:

[...] la gente que eran los rasos paramilitares no eran demonios chiquitos que estaban ahí para hacerle daño a la gente, no; eran gente común y silvestre, campesinos sin otra oportunidad en la vida que agarrarse a disparos, a usted le pagaban y él tenía que disparar, pues, pa' comer, porque cuando el estómago está vacío estas decisiones éticas no se pueden dejar... Es injusto ponerle dilemas éticos a las personas que no tienen con qué comer ni dónde dormir... [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

• Los miedos en la postguerra

Hay recuerdos, vivencias, memorias dolorosas de la guerra que persisten día a día en las mentes y los corazones de muchos hombres, que por la crudeza y las implicaciones que aún en la actualidad pueden significarles en términos jurídicos e incluso militares, permanecen silenciadas y carcomen la consciencia sin opciones de ser tramitadas o superadas.

Este es uno de los grandes retos de nuestra sociedad frente a un posible escenario de postguerra: ¿Cómo se pueden resarcir las heridas emocionales que ha dejado la guerra en los hombres que han padecido todo su rigor? ¿Basta con narrar lo hechos en un ambiente controlado de confianza? ¿Se puede hacer algo más que hablar de ello? ¿Sirve de algo la poética, el ritual, el símbolo? ¿O acaso se trata de generaciones perdidas, de hombres que nunca lograrán superar las afectaciones profundas que les ha dejado la guerra?

Frente a estos interrogantes Theidon (2009, p. 5), plantea que en los «procesos de transición de la guerra a la paz» además del desarme físico se deben «desarmar» las representaciones simbólico-culturales alrededor de la «masculinidad militarizada» de los excombatientes, para esto es necesario entender cómo se produce esta y la relación que tiene con el acceso restringido de estos hombres a los símbolos de prestigio masculino hegemónicos.

La posibilidad latente de un eventual escenario de postguerra moviliza muchas esperanzas, pero también grandes temores; unas y otros encuentran eco en las voces de los partidarios y los detractores de los diálogos de La Habana. Tensión permanente que atraviesa todos los ámbitos de la vida social de un país polarizado que se debate entre la posibilidad de soñar una sociedad distinta, equitativa, respetuosa de la vida; y una desconfianza históricamente construida, enquistada en sus odios, temerosa frente a su propia diversidad.

Estas narrativas también estuvieron presentes, entre los hombres que asistieron a los grupos a compartir sus experiencias vitales, en la primera etapa de la investigación; se expresaron especialmente a través de interrogantes que dejaron ver sus temores frente a los combatientes en caso de un eventual proceso de desmovilización y reincorporación a la vida civil, inquietudes que se pueden condensar en las siguientes preguntas: ¿Qué hacer con los hombres que han hecho de la muerte su profesión, que están acostumbrados a la adrenalina del combate, que les hace falta matar? ¿Cómo llegarles, qué opciones reales tienen de integrarse a la vida civil, cómo lidiar con sus estilos autoritarios, impositivos, cómo persuadirlos para vivir el conflicto en el plano de lo simbólico, de la palabra, del argumento?

Al evocar sus testimonios, podemos apreciar de manera directa la intensidad de sus inquietudes frente a este tema:



¿Cómo hacer que el fantasma de la muerte no nos recorra en la noche y nos despierte? Para mí el peligro es ese, que algún día quien ha estado en el entrenamiento de la guerra, algún día saque un arma y mate a un poco de gente. Yo me acuerdo que hablaba con el jefe de explosivos del Frente 22 de las FARC... y un día me puse a hablar con él, un hombre que había estado en Cuba, en África, y estaba en el país en ese momento, y él me decía: «Vea muchacho, a ustedes me los dejan en el monte y en un mes los tengo listos, o sea no tienen opción». Y si traemos un señor de esos, y de pronto se siente abandonado y se llene de mocos, ¡lo que es capaz de hacer ese señor con ese entrenamiento! [Encuentro 3, Museo Casa de la Memoria, noviembre 29 de 2014].

Por otro lado, ya en lo que se refiere a los potenciales procesos de desmovilización, desarme y reintegración con los hombres que participan directamente en la guerra, el mayor reto consiste en la deconstrucción de esas masculinidades militarizadas, objetivo que implica tiempo y exploración de recursos metodológicos que involucren el cuerpo, la poética, las narrativas, la expresión plástica, pero que fundamentalmente logren llegar al corazón de los excombatientes, sometidos por mucho tiempo a un procedimiento sistemático de disciplinamiento y control que les enseñó a reaccionar de manera agresiva y violenta ante su entorno. Sin lugar a dudas «un componente importante del proceso de reincorporación debe incluir la reeducación corporal y sentimental. A corto plazo, esto podría consistir en ayudarlos a aprender nuevas formas de comunicarse, tanto verbal como con sus cuerpos» (Theidon, 2009, p. 20). Porque tal como lo expresa Theidon

⁸ En este primer acercamiento se contrataron seis gestores para «fortalecer» dos grupos de hombres en cada zona de la ciudad, incluyendo todas las comunas y corregimientos. En aquel momento, después de la confrontación con la práctica, se evidenció que no había grupos de hombres consolidados y se terminó haciendo sensibilizaciones en masculinidades con población cautiva en colegios, instituciones educativas y organizaciones. Esta iniciativa permitió ir más allá de los imaginarios y suposiciones existentes sobre el trabajo en masculinidades en la ciudad, estableciendo un punto de partida (cero iniciativas) en relación a hombres trabajando el tema de masculinidades en los ámbitos comunitarios. En el contexto de esta propuesta el tema de masculinidades se empezó a movilizar por primera vez en el ámbito público, y desde entonces no ha parado de agitarse a través de los proyectos que cada año se priorizan para este fin en el Presupuesto Participativo de diferentes comunas y corregimientos, siendo en la actualidad un aspecto con el que cada vez más hombres en los barrios se encuentran familiarizados, aunque queden muchos a los cuales aún les genera mucha resistencia

[...] cuando estos “empresarios del capital corporal” intentan hacer la transición de combatientes a civiles, sus cuerpos son un obstáculo. Cuando analizamos cómo los ambientes sociales específicos invierten, forman y despliegan el cuerpo humano —y las prácticas concretas de incorporación que se explotan para este fin— vemos que estos hombres personifican sus pasados violentos de manera inconsciente y duradera (2009, p.17).

A nivel psicológico también se vislumbran importantes retos metodológicos, ya que los ejércitos de todo tipo invierten altas cantidades de recursos para adiestrar a sus combatientes en las «artes» de la guerra, sometiéndolos a intensos procesos de desensibilización y deprivación emocional, implementados de manera sistemática y sostenida a lo largo del tiempo que estos hombres permanecen en sus filas:

[Estos hombres] al militarizarse, han intentado también limitar la gama de emociones a aquellas que son las más adecuadas a las zonas de combate: a las emociones también, se les ha asignado un género y ganar acceso a una gama más amplia de éstas es, asimismo, un componente para desmilitarizar a estos hombres. Una manera de abrir un espacio para que surjan las formas de masculinidad alternativas consiste en ayudarlos a tener acceso a una completa gama de emociones que no se limiten a aquellas que los dejaba “listos para el combate” (Theidon 2009, p. 20).

Para hacer el tránsito de la vida militar a la vida civil, se requiere un replanteamiento radical de la cartografía emocional de aquellos hombres que a fuerza de entrenamiento han aprendido a ignorar sus vulnerabilidades, a aprovechar los sentimientos hostiles para proyectarse en el combate. La inconmensurable tarea entonces, consiste en propiciar las opciones reales que les permitan a ellos reconectarse con sus emociones, tramitar los dolores de la guerra y descubrir unas identidades masculinas alternas en las que las expresiones emocionales sean socialmente aceptadas y deseadas.



ENTRE LAS FISURAS DEL SISTEMA: LAS MASCULINIDADES NO HEGEMÓNICAS

Si bien, la presencia del **sistema masculinidad hegemónica patriarcal**, con sus eficientes tecnologías de disciplinamiento y control, es avasalladora, existen identidades masculinas que responden a unas sensibilidades diferentes, a estas nos referiremos como «masculinidades otras», denominación que elegimos en lugar de nuevas masculinidades, puesto que consideramos que dichas manifestaciones no surgieron con los recientes movimientos de hombres que se han venido consolidando en el mundo en las últimas dos décadas, sino que hacen parte del acervo histórico de la humanidad y han estado presentes desde tiempos inmemoriales (Osorio, 2014), aunque hayan permanecido en la penumbra, ocultas ante el resplandeciente fulgor metalizado de las masculinidades hegemónicas que se han encargado de imponer su visión unilateral de la historia.

Los matices de estas «masculinidades otras» se expresan en función de diversas variables vitales que atraviesan la existencia de los hombres, a través de aspectos relacionados con la clase social, la nacionalidad, los rasgos fenotípicos, la orientación sexual, la edad y la formación educativa que dan lugar a una innumerable gama de vivencias posibles de la masculinidad.

En relación a los grupos de hombres que se han venido consolidando recientemente en el mundo, vale decir que ha sido el feminismo, jalonado por las mujeres en sus luchas por la reivindicación de la equidad, el motor contemporáneo que ha puesto en movimiento la crisis de la identidad masculina patriarcal en los ámbitos privados y públicos.

«MASCULINIDADES OTRAS» EN MEDELLÍN

En nuestra ciudad durante los últimos diez años se vienen haciendo diversos intentos por movilizar grupos de hombres alrededor del tema de las masculinidades; y durante el último lustro se han incrementado las acciones institucionales que promueven estos espacios en la ciudad.

A nivel de Organizaciones No Gubernamentales, la Corporación Educativa Combos ha sido una de las entidades que ha tenido un interés más permanente por mantener la reflexión con los niños y jóvenes que participan en sus procesos, así como con los profesionales que los acompañan, reflexión que gira en torno a las masculinidades vigentes.

En el ámbito de las entidades públicas, se destaca el proceso llevado a cabo por parte de la Secretaría de las Mujeres de la Alcaldía de Medellín en el marco del proyecto «Salud y Derechos Humanos de las Mujeres» – componente de Masculinidades, que se llevó a cabo en todas las comunas y corregimientos de la ciudad entre los años 2010 y 2011, proceso que ha marcado un precedente fundamental para la historia reciente de las

masculinidades en Medellín, en tanto «se constituyó en un proceso pionero a nivel institucional en la ciudad en cuanto a un trabajo amplio y abierto dirigido a los hombres de la ciudad»¹⁰(Osorio , 2014 , p. 17).

Relacionado con este importante antecedente, posteriormente se fue consolidando un proceso que aún permanece en diferentes comunas de la ciudad articulado al proceso de Presupuesto Participativo, iniciativa que se posicionó a partir del trabajo de base realizado en las comunidades por las Gestoras de Igualdad de la Secretaría de las Mujeres y la receptividad de las lideresas y algunos líderes frente al mismo, quienes han logrado la asignación de recursos para realizar procesos de formación en masculinidades orientados a la disminución de la violencia contra las mujeres, de manera continua durante los últimos tres años, aunque con variaciones en cuanto a los operadores que los han ejecutado y la participación de algunas comunas (Osorio, 2014).

En el ámbito organizativo y académico se destaca el trabajo jalonado desde el Instituto de Estudios Regionales (INER) y el Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG) de la Universidad de Antioquia, grupos que en diferentes momentos han movilizado espacios de reflexión académica frente al tema, así como iniciativas de consolidar redes de trabajo con hombres en la ciudad, que hasta el momento no se han logrado afianzar (Osorio, 2014).

Recientemente, el Museo Casa de la Memoria (2014) se ha unido a estos esfuerzos desde una perspectiva muy específica que se pregunta por las masculinidades hegemónicas patriarcales y las «masculinidades otras» en relación a la guerra y los procesos de resistencia no violenta que se han vivido durante las últimas décadas en Medellín. Dichos estudios han evidenciado un marcado interés por agitar la discusión frente al tema en la ciudad, así como por generar espacios de encuentro y diálogo entre hombres alrededor del mismo, espacios en los que se destacan las narrativas y las estéticas.



En este sentido una apreciación apresurada podría dar cuenta de tres perspectivas: la primera jalonada en gran parte por un sector del movimiento social de mujeres, fuertemente orientada hacia la prevención de la violencia contra las mujeres y la configuración de masculinidades género sensibles, podría decirse que es la que más se ha trabajado hasta el momento; la segunda impulsada desde la academia, especialmente desde el Centro Interdisciplinario de Estudios de Género y el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, enfocada en la consolidación de una red local articulada a las redes nacionales, con un marcado interés por la reflexión investigativa sobre masculinidades, y la tercera, la más reciente, movilizada por [...] esta investigación que ha liderado el Museo Casa de la Memoria, con un marcado interés por generar reflexión y acciones transformadoras entre los hombres en relación a la comprensión y deconstrucción de las prácticas masculinas que desde lo simbólico, lo cultural y lo político —incluidas la ley y la norma— reactualizan permanentemente las dinámicas de la guerra y de las violencias en nuestra ciudad (Osorio, 2014, p. 18).

Estas acciones, aunque con énfasis distintos que hasta el momento no se han articulado de manera directa, ayudan a posicionar el tema en la ciudad y a movilizar la conversación y el encuentro entre hombres. Así mismo, es importante destacar que es posible que existan procesos jalonados por otros varones en la ciudad que a pesar de no estar referenciados desde el lugar de enunciación de las masculinidades, ponen en juego desde la praxis social una serie de valores afines con el cuidado masculino de la vida y con el ejercicio de la creatividad en las comunidades (Osorio, 2014), tal como se menciona más adelante cuando se hace alusión a las acciones denominadas «las estéticas de la re-existencia».

El Amañadero de manes

En nuestra ciudad, los hombres jóvenes y adultos se muestran, actualmente, mucho más receptivos que hace una década a compartir en grupos de masculinidades, aunque por el momento sigue siendo todavía un proceso incipiente en relación al número de hombres que aún no se disponen a preguntarse por estos asuntos, ya que han sido formados para ser autosuficientes y enfocarse en los asuntos del mundo externo desde un ejercicio permanente de la racionalización que los hace muy capaces de operar de manera eficiente con labores, oficios y funciones. Sin embargo, esta sobreestimación de la racionalidad instrumental también ha implicado para ellos altos costos vitales que se reflejan en la dificultad para conectar con sus necesidades internas, para sanar sus heridas emocionales y para establecer vínculos profundos consigo mismos, las mujeres, sus hijos e hijas y otros hombres.

Ante la dificultad para encajar en las tendencias masculinas hegemónicas, los hombres con búsquedas singulares están encontrando la opción de acercarse entre sí, generando espacios alternos. Estas opciones se pueden leer como formas de resistencia a unos modos de ser impuestos, con los que se está en desacuerdo.

[...] como si hubiera una sola posibilidad de ser hombre, como si ser hombre tuviera una sola opción, y como que cuando yo descubro otras posibilidades y otra gente que ha construido otras formas de serlo, para mí ha sido algo valioso y algo importante, porque yo he tenido una intuición que esas cosas mayoritarias no son interesantes... el espacio y el círculo de los raros a mí siempre me ha parecido interesante, siempre me ha llamado, como convocado ahí, y siempre me ha parecido interesante descubrir gente que encuentra otras maneras de ser que sorprenden, eso me parece muy valioso [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

De esta manera, en el Museo Casa de la Memoria se vienen reuniendo un grupo de hombres que en medio de una profunda diversidad a nivel de orientación sexual, formación académica, edad, condición socioeconómica y condiciones subjetivas, comparten unas inquietudes primordiales en torno a la manera en que habitan la masculinidad y al mismo tiempo son habitados por ella.

Poetas, artistas, cantautores, profesionales de las ciencias sociales, profesionales de la salud, bohemios y obreros han pasado por este espacio que no finalizó en noviembre de 2014 con la primera etapa del proyecto y que hoy se mantiene vigente, actualizándose cada semana en un espacio que ha sido denominado «Amañadero de manes», que sucede todos los miércoles entre las 6 y las 8 pm en la cocina del Museo.

En este escenario confluyen hombres que residen en diferentes partes de la ciudad, como las comunas ocho (Villahermosa), diez (Centro), once (Laureles Estadio) y doce (La América).

También algunas mujeres llegaron a este espacio motivadas por inquietudes relacionadas con la equidad de género, la masculinidad que también habita en ellas y los interrogantes fundamentales que les han movilizado los hombres a lo largo de sus vidas. Ellas en su multiplicidad vital, con sus matices suaves, fuertes y silenciosos han ayudado a construir un espacio mixto que circula en torno a las preguntas fundamentales que en relación a la condición biográfica y de género requieren ser tramitadas entre hombres y mujeres.

Con el tiempo, en el «Amañadero» se han ido nivelando las cargas, de esta forma se generaron espacios independientes para los encuentros netamente masculinos y los encuentros mixtos.

Muchos de los participantes son cercanos a procesos sociales y comunitarios, a raíz de sus vinculaciones profesionales o a procesos de liderazgo ejercidos en sus comunidades. Sin embargo, asisten a título personal, aunque algunos de ellos estén vinculados a otros grupos o corporaciones de la ciudad.

El mayor interés que han manifestado los hombres frente a este proceso tiene que ver con la búsqueda de espacios de sanación y autocuidado, especialmente en relación a aquellos aspectos tradicionalmente relacionados con la masculinidad que se convierten en factores de riesgo para la vida y la salud de sí mismos y de los otros y otras. Los hombres asisten porque allí pueden, de algún modo, ocuparse de sí al poder expresar lo que los lastima, al compartir saberes prácticos relacionados con el bienestar psicofísico y al explorar formas alternas de establecer contacto con la espiritualidad.

Fundamentalmente los atrae la posibilidad de aceptarse en falta, de compartir sus heridas emocionales; los convoca la esperanza de tejer confianzas, la posibilidad de construir vínculos genuinos de cooperación y apoyo con otros hombres. Aspectos que resultan de la mayor importancia para aquellos que por su condición de género han sido desterrados de sus propios cuerpos, condenados a padecer estoicamente el desasosiego existencial, atrapados en un mutismo asesino que ha durado siglos, «heroicamente» aprisionados por sus armaduras herméticas, rígidas... glaciares.

Llegaron convocados por el proyecto de investigación sobre masculinidades y guerra, curiosos, inquietos; los primeros fueron pasando la voz y trajeron invitados.



Algunos se han mantenido constantes porque se sienten conectados con la dinámica del espacio, lo viven como un lugar para el descanso y la renovación semanal.

Los que se han ido, tal vez fueron desgastando el sentido que habían construido en relación a este lugar, o quizá perdieron la «magia», o pudo ser que se sintieron inhibidos o confrontados ante otras masculinidades que les resultaron inquietantes.

Pero por lo general, no pasa una semana sin que llegue un «hombre nuevo» atraído por los comentarios, ansioso de entrar en común unión con otros.

Las estéticas de la re-existencia

La perspectiva desde la cual nos ubicamos considera la resistencia como creación e involucra una dimensión estética que acontece en el cuerpo con lenguajes alternativos distintos a los de las ideologías, con lo que se adquiere un sentido alterno frente a las connotaciones que históricamente ha tenido en los ámbitos jurídicos y políticos:

[...] la resistencia no es un pensamiento singular y universal, o un acto que se define para siempre; más bien, se constituye de repertorios cuyos significados son específicos de tiempos particulares, lugares y relaciones sociales (Muñoz, 2002, p. 20).

La dimensión estética de la resistencia está dada en función de su despliegue creativo, donde resistir es crear, experiencia de reinención y afirmación permanente de la existencia que nos acerca a esa noción de **re-existencia** que Albán (2008) ha acuñado para referirse a los mecanismos de afirmación de la vida que históricamente han ideado muchos pueblos indígenas y afrocolombianos para afrontar las arremetidas del poder hegemónico, donde las estéticas han jugado un papel determinante en cuanto posibilidad de reivindicar sus modos propios de producción de sentidos vinculados a sus cosmovisiones particulares del mundo.

En nuestros contextos urbanos, muchos hombres, a pesar de las heridas que la guerra ha dejado en sus vidas ya sea como víctimas o victimarios, están empeñados en encontrar maneras diferentes de vivir. En esta búsqueda, las estéticas de la re-existencia juegan un papel importante para encontrar nuevos lenguajes expresivos por la vía de la palabra, del cuerpo, la música:

[...] ¿se acuerdan que aquí hubo una época en que sacaban unos panfletos, que dizque nadie podía ir a los parques?, entonces con unos amigos nos inventamos con un fogón de gas y arrancamos con cien panes y hacíamos una chocolatada, y este pechito con un micrófono en un rincón del parque, nosotros le decíamos a los pelaos que no les dábamos el vaso, sino que ustedes tenían que traer el pocillo, y entonces ellos iban a la casa y traían el pocillo, y mientras ellos hacían eso en la noche les contábamos historias de espantos, entonces preparábamos las historias, por ejemplo, la del cura sin cabeza, los duendes, y los viejos se acercaban mucho, entonces cuando había un viejo por ahí que quería contar una historia, le decíamos «¡Venga pues cuéntela!», para contrarrestar el miedo que había. A partir de eso, decidimos crear el movimiento en contra de ese miedo [Encuentro 6, Museo Casa de la Memoria, febrero 11 de 2015].

Muchos exguerreros han encontrado en la poesía, en las líricas, una posibilidad de sanarse, de conectarse con su sensibilidad profunda; otros tantos hombres que han sufrido pérdidas significativas de familiares y amigos, que padecen las cicatrices emocionales que en sus vidas dejaron actos violentos que los afectaron de manera directa, hoy exploran también nuevas rutas creativas y sensibles para superar el dolor, para tramitar las pérdidas desde el símbolo que se hace memoria y se expresa a través de la imagen o del poema. Aunque falta mucho por superar para deshacernos de ese legado patriarcal inscrito en nuestros cuerpos desde la infancia, crece la masa crítica de hombres inconformes, que desean buscar otros caminos para ser y estar en el mundo:

[...] yo creo que la paz se empieza a construir desde este mismo trabajo de buscar nuestra verdadera masculinidad, y como estamos hablando de guerra y realmente los que hemos propiciado la guerra hemos sido los masculinos, entonces hermano ¿qué tal que le trabajemos a la paz desde aquí? Haríamos también un trabajo hermoso, donde vamos a encontrar también el hombre que no guerrea o que guerrea con una nueva ideología, con una nueva manifestación de nuevos sentimientos, nuevas emociones, nuevos encuentros; el hombre que guerrea rapiando o cantando o dándonos un abrazo... Es que tenemos que cambiar eso [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].

Entre las diversas opciones artísticas que han ido ganando fuerza en la ciudad, las culturas musicales callejeras se vienen consolidando como lugar común de manifestación del sentir de los hombres jóvenes en relación a las dinámicas sociales en las que se encuentran inmersos:





[...] yo hice parte de un proceso que se llamó el Antimili Sonoro, fue un proceso muy bacano acá en la ciudad y fue un proceso en que la idea era básicamente eso, como cuestionar la guerra y las estructuras que nos ha sembrado de alguna manera pues en nuestra cultura, porque entendíamos también que la guerra no era solamente un asunto de uniformes camuflados y de fierros, el General, el Sargento y el Mayor, sino de otras estructuras mentales [Encuentro 6, Museo Casa de la Memoria, febrero 11 de 2015].

Expresiones líricas y corporales que en su devenir social trascienden el mero disfrute interpretativo y adquieren unas dimensiones vitales profundas, en la medida que contribuyen significativamente a la construcción de unas identidades personales y colectivas que se apropian de expresiones culturales propias y foráneas, reinventándolas, llenándolas de nuevos sentidos, nutriéndolas con sus singularidades, con las realidades de sus contextos:

Y eso nos daba un lugar y una voz en unas cosas que aparentemente eran muy grandes, porque cuando a uno le dicen «la guerra» y uno es un peladito de 15, 18 años, uno piensa que es una realidad que lo rebasa, que uno ahí no puede hacer nada, que la única opción es aguantarse y chuparse el varillazo [Encuentro 6, Museo Casa de la Memoria, febrero 11 de 2015].

Se crean así, opciones críticas que les permiten habitar, desde las grietas, desde las fisuras, esa ciudad homogénea fabricada por los poderes hegemónicos, para encontrar, de esta manera, sus propias formas de visibilizar, de narrar esa ciudad otra, que los atraviesa cotidianamente con su violencia y sus inequidades:

[...] yo he tocado música, de hecho, desde muy niño, pero para mí y para la gente que se empezó a acercar ahí al proceso el Antimili fue una cosa importante porque de alguna manera nos daba un lugar y nos daba una voz [Encuentro 6, Museo Casa de la Memoria, febrero 11 de 2015].

Esas maneras propias de habitar la ciudad de muchos hombres jóvenes que aportan a la vida en sus territorios desde su pasión por el arte, por el trabajo comunitario, que se vuelven referentes de vida en medio de los paisajes de la guerra, aunque no hayan escuchado hablar de las masculinidades otras, de seguro que han llegado a este camino a su manera, con su propio ritmo.



TRAYECTORIAS MASCULINAS ALTERNAS

Los invisibles

Para muchos hombres que no se sienten cómodos con las prácticas de socialización que fomentan la agresividad, la competencia y la indolencia, se vuelve muy complejo participar en ambientes masculinos tradicionales. Cuando no tienen opción, por lo general tienden a invisibilizarse para pasar desapercibidos, silenciándose para no ponerse en evidencia, ya que en estos escenarios el disenso implica confrontación, choque y medición de fuerzas; por lo que las sensibilidades diferentes o las perspectivas inusuales, al no corresponderse con los códigos de comunicación imperantes, pueden generar tensiones fuertes:

¿Bajo qué circunstancias se abre un espacio para los hombres que no participan en la guerra? ¿Cómo han hecho esos hombres “invisibles” en los contextos de guerra para practicar una forma de masculinidad alternativa? ¿Dónde se encuentran los otros espacios sociales en los que la violencia no es un componente central en la creación de la hombría? (Theidon, 2009, p. 23).

Para sobrevivir en entornos violentos, los hombres en los que no opera la exhortación a la violencia o que se resisten a ella, tienen que inventarse maneras para existir, manejando un bajo perfil. De algún modo deben hacer como los animales más pequeños y desprotegidos que se mimetizan en el monte para no llamar la atención de sus depredadores:

Pues la escuela era una vaina terrible, porque cada vez que alguien le hacía a uno así [señala la nariz con la mano derecha empuñada], ya se le dañaba a uno como todo el resto de la jornada, porque eran unos peleadores expertos, además reconocidos, yo no lo era, entonces siempre trataba de estar de bajo perfil, de no llamar la atención... Casi que la opción que yo veía era ser invisible, como que no representar una amenaza para otros [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].

Muchos hombres en algún momento viven esta situación, especialmente durante la infancia y la juventud, incluso para una buena parte de ellos estas dinámicas se vuelven parte de su vida cotidiana, limitándolos enormemente:

Participante 1: También desde muy niño me empecé a sentir muy extraño en esos mundos de hombres, siempre me costó como mucho encajar ahí y sentía que tenía que forzar muchas cosas de mi naturaleza para poder ser reconocido como hombre [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].

Participante 2: Fue fuerte cuando llegué al barrio donde crecí como a partir de los 4 años, porque era un barrio de hombres agresivos, de malevos, de esa imagen de hombre tan fuerte... yo nunca he tenido esa naturaleza tan agresiva, pero había que desarrollarla de alguna manera para vivir ahí, era muy pesado [Encuentro 1, Museo Casa de la Memoria, noviembre 24 de 2014].





Los raros

Los hombres con actitudes que no corresponden a los comportamientos o prácticas socialmente esperados, de acuerdo a los cánones de la masculinidad hegemónica, son considerados extraños, raros, por parte de las personas con quienes comparten su entorno. Esta situación puede vivenciarla cualquier hombre en uno o varios aspectos de su vida, en cuyo caso, dependiendo de su nivel de consciencia y autoaceptación, su condición puede hacerlo sentir inadecuado o frustrado si intenta a toda costa encajar en el modelo asignado; o alternativo o diverso si tiene una postura crítica frente al modelo hegemónico y busca otras opciones para vivenciar su masculinidad:

[...] los raros, como distintos al macho hegemónico, quienes han encontrado otras maneras de ser, otras masculinidades... el círculo de los raros, que no encajan en el molde [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].



El raro, el hombre con actitudes, gustos y sensibilidades diferentes a las de la mayoría, tiene que afrontar la discriminación entre sus congéneres, quienes permanentemente buscan ponerlo a prueba, desafiándolo, retándolo, humillándolo y riéndose de él. La mayoría de los hombres en algún momento viven esta situación, pero hay algunos para quienes esos momentos constituyen el pan de cada día:

Participante 1: [...] esta es una canción que me tatué, ahí está la música en esas dos huellas, y me llaman la atención porque tienen que ver con esas prácticas que asocio con una masculinidad rara, como una búsqueda que había de ese asunto, y la asocio con el punk específicamente, que fue a lo que me le medí yo más durante mucho tiempo [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

Participante 2: [...] otra cosa que yo viví con mucha dificultad fue el tema del fútbol, a mí nunca me gustó el fútbol, a mí me gustaban las artes marciales, otras cosas, entonces yo era el raro, y no encajaba [Encuentro 2, Museo Casa de la Memoria, noviembre 25 de 2014].

El antihéroe

La imagen del antihéroe genera identificación con muchos hombres cansados de mantener siempre la pose de infalibilidad. Es una manera personal, secreta, de conectarse con ese aspecto cotidiano, real, errático si se quiere, que generalmente solo se desata en la intimidad, en la segura soledad, puesto que cuando no se está ante el ojo escrutador del otro no hay necesidad de exhibirse, ni de ocultar o exagerar actitudes en función de aquello considerado apropiado o indeseable para un hombre, de acuerdo a la gramática performativa de la masculinidad hegemónica:

Participante 1: Yo no sé por qué, pero el Chapulín era para mí uno de los héroes más queridos, yo metía la mano en el fuego por el Chapulín... Igual uno creció con esa impronta, con esa imagen, pero sin reflexionar qué estaba mirando ahí, y hoy por hoy, haciendo un poquito de retrospectiva, pues claro, yo admiraba en el Chapulín toda esa cosa atípica de un héroe, pues es el antihéroe o algo así, entonces es lo que le permite a uno ese enganche [Encuentro 4, Museo Casa de la Memoria, diciembre 4 de 2014].

En el antihéroe hay una pista para reconciliarse con aquellos aspectos que rechazamos de nosotros mismos, que nos humanizan, que nos conectan con la falta, con el fracaso, que nos confrontan con las imágenes promovidas y exaltadas por la sociedad de consumo:



Participante 2: Sí, es que está el tema de equivocarse por ejemplo, del ridículo; los héroes de Hollywood siempre tienen todo planeado y cada detalle busca transmitir completa seguridad, no equivocarse y dominio sobre sí, que es uno de los valores fuertes de la masculinidad digamos en nuestro medio, y este personaje de alguna manera por eso genera tanta identificación, porque es un hombre cotidiano, que no tiene poderes especiales, que elige vivir en falta, que es un poco ese hombre que somos cuando estamos a solas frente al espejo, cuando nadie nos ve, cuando no tenemos que demostrar, cuando no tenemos que medir pulso con otros hombres o mostrarnos digamos frente a las mujeres, sino que nos remite a un espacio íntimo, a un espacio de la condición humana que nos habita: del miedo, de reconocer todo eso que en la sociedad patriarcal son antivalores, porque los hombres siempre tienen que mostrarse seguros y hay incluso muchas mujeres que buscan hombres que las hagan sentir seguras [Encuentro 4, Museo Casa de la Memoria, diciembre 4 de 2014].

En esa apología a su humanidad fallida, el antihéroe nos invita a despojarnos de nuestras poses, a dejar en el perchero la máscara de dar miedo, a reconocernos en nuestra frágil condición humana, a reírnos un poco de nosotros mismos.

BIBLIOGRAFÍA

Albán Achinte, Adolfo (2009). «Artistas indígenas y afrocolombianos: Entre las memorias y las cosmovisiones. Estéticas de la re-existencia», en Palermo, Zulma (Comp.). *Arte y estética en la encrucijada descolonial*. Buenos Aires: Del Signo, pp. 83 - 112.

Briceño, Gustavo y Chacón, Edgar (2001). «El género también es asunto de hombres: Reflexiones sobre la masculinidad patriarcal y la construcción de una masculinidad con equidad de género». San José de Costa Rica: UICN, ORMA. Consultado en: <https://portals.iucn.org/library/sites/library/files/documents/2001-031.pdf>
Castro, Carmen (2013). «Despatriarcalizar la sociedad para la soberanía plena (1)». En SinGENERODEDUDAS.com. Consultado en: <http://sin-generodedudas.com/blog/despatriarcalizar-la-sociedad-para-la-soberania-plena/>

Clausewitz, Karl Von (2002). *De la guerra*. Editado por Librodot.com. Consultado en: <http://lahaine.org/amauta/b2-img/Clausewitz%20Karl%20von%20-%20De%20la%20guerra.pdf>

Cultura Salud, EME (2010). *Hombres Jóvenes por el fin de la Violencia. Manual para facilitadores y facilitadoras*. Santiago de Chile: Cultura Salud/ EME. Consultado en: <https://docs.google.com/file/d/0BxkInph83YDeOTc0OGM5YmMtZj-ViOS00ZmI4LTk3MjItZWRIInZkNjA4MDVj/edit?pli=1&hl=en#>

Danios (2011). “We’re at War!” And We Have Been Since 1776: 214 Years of American War-Making. Consultado en: <http://www.loonwatch.com/2011/12/we-re-at-war-and-we-have-been-since-1776/>

De Keijzer, Benno (1997). «El varón como factor de riesgo: Masculinidad, salud mental y salud reproductiva», en Tuñón, Esperanza (coord.). *Género y salud en el Sureste de México*, México: UJAT/ECOSUR. Consultado en: <http://www.codajic.org/sites/www.codajic.org/files/El%20varon%20como%20factor%20de%20riesgo.pdf>

Deleuze, Gilles (1987). *Foucault*. Barcelona: Paidós Ibérica. Consultado en: http://monoskop.org/images/1/18/Deleuze_Gilles_Foucault_ES.pdf

Durán, Manuel (2013). «Heroísmo, Violencia y Libertad en los Discursos sobre la Masculinidad Tradicional en Chile», en *liminales. Escritos sobre psicología y sociedad*, Vol. 1, N° 03, abril 2013, Escuela de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central de Chile, pp. 13-41.

Eizaguirre, Marlene y Zabala, Néstor (s/f). «Investigación-acción participativa (IAP)», en *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*, Universidad del País Vasco/Instituto Hegoa. Consultado en: <http://www.dicc.hegoa.ehu.es/listar/mostrar/132>

Fontenla, Marta (2008). «¿Qué es el patriarcado?», en Gamba, Susana Beatriz, *Diccionario de estudios de Género y Feminismos*. Buenos Aires: Biblos. Consultado en: http://www.mujiresenred.net/IMG/article_PDF/article_a1396.pdf

Foucault, Michel (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michel (1991). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI. Consultado en: <http://www.uruguaypiensa.org.uy/img-noticias/681.pdf>

Foucault, Michel (1976). «Las redes del poder». Texto desgrabado de la conferencia pronunciada en 1976 en Brasil. Publicada en la revista anarquista *Barbarie*, No. 4 y 5, (1981-2), San Salvador de Bahía, Brasil. Consultado en: <http://www.lite.fe.unicamp.br/papet/2002/fe190d/texto05.htm>

García Márquez, Gabriel (1975). *Cien años de soledad*. Barcelona: Círculo de Lectores.

García, María Paulina (s/f). «La despatriarcalización: un nuevo horizonte político en Nuestra América», en *Batalla de Ideas* No. 4, Año 4, pp. 149-153. Consultado en: <http://www.cecsargentina.org/publicaciones-generales/revistas/indice-batalla-de-ideas-n-4/>

Greig, Alan; Kimmel, Michael y Lang, James (2000). *Hombres, masculinidades y violencia. Ampliando nuestro trabajo hacia la igualdad de género*. Monografía N° 10 PNUD/GED. MAYO 2000.

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, ciborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Prólogo a la edición española. Madrid: Ediciones Cátedra.

Instituto Nacional de Medicina y Ciencias Forenses (2014). *Forensis 2013. Datos para la vida. Herramienta para la interpretación, intervención y prevención de lesiones de causa externa en Colombia*. Vol. 15. N°1. Bogotá: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, Julio de 2014. Consultado en: <http://www.medicinalegal.gov.co/forensis1>

Moreno, Hortensia (2002). «Guerra y género», en *Debate feminista*, año 13, vol. 25, pp. 73-114. Consultado en: http://www.debatefeminista.com/indice_volumen.php?id_volumen=17

Muñoz, Germán (2002). «Apuntes para la reconstrucción de tres categorías: juventud, culturas juveniles, resistencia». Texto sin publicar de uso interno en la Maestría de Educación y Desarrollo Humano de la Alianza CINDE - Universidad de Manizales.

Museo Casa de la Memoria (2014). «Proyecto de investigación acción transformadora Patriarcado, Masculinidades Hegemónicas y Violencias. Exploración en torno a la construcción de identidades masculinas que perpetúan los ciclos de violencia en Medellín, Colombia. Reconocimiento y búsqueda de alternativas para la transformación cultural». Documento de circulación interna.

Ortega, Jesús Ángel (2009) «Soldaderas revolucionarias», en *El jergón de Long John Silver*, 7 de mayo de 2009. Consultado en: <https://jesusangelortega.wordpress.com/2009/05/07/soldaderas-revolucionarias/>

Osorio, Jaime (2014). *Proyecto de Investigación Acción Transformadora «Patriarcado, Masculinidades Hegemónicas y Violencias»*. Marco Conceptual. Medellín: Museo Casa de la Memoria.

Theidon, Kimberly (2009). *Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia*. Fundación Ideas para la Paz. Bogotá. Consultado en: <http://www.ideaspaz.org/publications/posts/99>

Toscano, Daniel (2008). «El bio-poder en Michel Foucault», en *Universitas Philosophica* No. 51, pp. 39-57. Diciembre. Bogotá, Colombia. Consultado en: dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3278228.pdf

M U S E O
Casa de la Memoria

Proyecto de investigación acción transformadora

Patriarcado, masculinidades hegemónicas y violencias:
Exploración en torno a la construcción de identidades masculinas que perpetúan los ciclos de
violencia en Medellín, Colombia.

Reconocimiento y búsqueda de alternativas para la transformación cultural.

SEMBLANZAS DE LOS PARTICIPANTES

Elaborado por:
Carlos Alberto Ossa Ossa

Asesor del proyecto
Medellín, octubre de 2015



- Grupo “Amañadero de manes”

¿Quiénes son?

Son hombres que en medio de una profunda diversidad a nivel de orientación sexual, formación académica, edad, condición socioeconómica y condiciones subjetivas, comparten unas inquietudes primordiales en torno a la manera en que habitan la masculinidad y al mismo tiempo son habitados por ella.

Poetas, artistas, cantautores, profesionales de las ciencias sociales, profesionales de la salud, bohemios y obreros han pasado por este espacio que no finalizó en noviembre de 2014 con la primera etapa del proyecto y que hoy se mantiene vigente, actualizándose cada semana en un espacio que ha sido denominado «Amañadero de manes», que sucede todos los miércoles entre las 6 y las 8 pm en la cocina del Museo Casa de la Memoria.

En este espacio hay hombres que residen en diferentes partes de la ciudad, como las comunas ocho, diez, once y doce.

También algunas mujeres llegaron a este espacio motivadas por inquietudes relacionadas con la equidad de género, la masculinidad que también habita en ellas y los interrogantes fundamentales que les han movilizado los hombres en sus vidas.

Ellas en su multiplicidad vital, con sus matices suaves, fuertes y silenciosos han ayudado a construir un espacio mixto que circula en torno a las preguntas fundamentales que en relación a la condición biográfica y de género requieren ser tramitadas entre hombres y mujeres.

Con el tiempo, en el «Amañadero» se fueron nivelando las cargas y se generaron espacios independientes para los encuentros netamente masculinos y los encuentros mixtos.

¿De dónde vienen? Histórico, procesos desarrollados, contextos

Muchos de los participantes son cercanos a procesos sociales y comunitarios, a raíz de sus vinculaciones profesionales o a procesos de liderazgo ejercidos en sus comunidades. Sin embargo, asisten a título personal, aunque algunos de ellos estén vinculados a otros grupos o corporaciones de la ciudad.

¿Cuáles son sus expectativas frente al proyecto?

El mayor interés que han manifestado los hombres frente a este proceso tiene que ver con la búsqueda de espacios de sanación y autocuidado, especialmente en relación a aquellos aspectos tradicionalmente relacionados con la masculinidad que se convierten en factores de riesgo para la vida y la salud de sí mismos y de los otros.

Los hombres asisten porque allí pueden, de algún modo, ocuparse de sí al poder expresar lo que los lastima, al compartir saberes prácticos relacionados con el bienestar psicofísico y al explorar formas alternas de establecer contacto con la espiritualidad.

Fundamentalmente los atrae la posibilidad de aceptarse en falta, de compartir sus heridas emocionales; los convoca la esperanza de tejer confianzas, la posibilidad de construir vínculos genuinos de cooperación y apoyo con otros hombres. Aspectos que resultan de la mayor importancia para aquellos que por su condición de género han sido desterrados de sus propios cuerpos, condenados a padecer estoicamente el desasosiego existencial, atrapados en un mutismo asesino que ha durado siglos, «heroicamente» aprisionados por sus armaduras herméticas, rígidas... glaciares.

¿Cómo llegaron al proyecto (o al Museo), por qué permanecen, por qué se van?

Llegaron convocados por el proyecto de investigación sobre masculinidades y guerra, curiosos, inquietos; los primeros fueron pasando la voz y trajeron invitados.

Algunos se han mantenido constantes porque se sienten conectados con la dinámica del espacio, lo viven como un lugar para el descanso y la renovación semanal.

Los que se han ido, tal vez fueron desgastando el sentido que habían construido en relación a este lugar, o quizá perdieron la «magia», o pudo ser que se sintieron inhibidos o confrontados con sus maneras particulares de concebir la masculinidad.

• Grupo Hogar de Acogida

¿Quiénes son?

Jóvenes que han pasado por innumerables procesos relacionados con las adicciones, las violencias sociales en los barrios, jóvenes que han llegado incluso a estar en situación de calle; con sus redes familiares y sociales rotas, luchan con desesperación por una opción, por una oportunidad que les permita reencontrarse con la vida, que les ayude a salir del abismo en que se ha convertido su existencia.

Hacen parte de un programa de la Secretaría de Inclusión Social y la Arquidiócesis de Medellín donde se brinda atención a jóvenes en situación de calle ubicados en el rango de los 18 a los 32 años de edad. Los hombres que participaron de los encuentros hacen parte del grupo que permanece en proceso de institucionalización para rehabilitarse frente al consumo de sustancias psicoactivas y prepararse para insertarse nuevamente a la dinámica productiva y social de la ciudad.

¿De dónde vienen? Histórico, procesos desarrollados, contextos

Llegaron de la guerra, de las violencias, del maltrato, de la desilusión y del desencanto; emergieron de las periferias, descendieron por las laderas teñidas de sangre. Son el resultado de unos contextos sociales agobiantes que terminaron por doblegarlos, arrojándolos a las calles de esta ciudad, prolija de trampas, pletórica en alucinaciones.

¿Cuáles son sus expectativas frente al proyecto?

Después del primer encuentro, muchos de estos jóvenes estaban deseosos de seguir participando en el proyecto, pero ¿qué los motivo? Tal vez, fue el sutil aroma de la gota de aceite de sándalo deslizándose con suavidad por la palma de la mano, o quizá el sonido grave y melancólico del quenacho acariciando sus oídos, o la contemplación absorta de la llama de una vela meciéndoles el alma al compás del viento, tal vez fue todo junto, sumado a la presencia entrañable de aquel cercano facilitador, ese loco hermoso, que como un chamán milenario, les recordaba certidumbres olvidadas, con sus cantos sublimes, con sus historias de lugares reales donde existen hombres reales que cuidan la vida y son amados por ello.

En el espacio que les brindó el proyecto encontraron oportunidades para hacer cosas difíciles de concebir en sus ámbitos cotidianos, cosas simples, como poder nombrar las heridas sin sentirse débil, dejar rodar una lágrima con tranquilidad, compartir un abrazo sin temor al rechazo.

¿Cómo llegaron al proyecto (o al Museo), por qué permanecen, por qué se van?

El proyecto llegó a ellos ofreciendo una posibilidad de expresar sus sentires vitales frente a su vivencia de la masculinidad, desde la perspectiva de la calle, de las guerras libradas, de las violencias padecidas y desencadenadas; ellos aceptaron, se conectaron con el espacio, con el tema, con el espíritu de la propuesta.

• Grupo Jóvenes bachillerato Colegio San Ignacio

¿Quiénes son?

Hombres jóvenes de los últimos grados de bachillerato (9°, 10° y 11°), con grandes inquietudes frente a sus identidades actuales, aficionados a la lectura, a la indagación, al conocimiento. Interesados en temas de actualidad, con capacidad para la argumentación y el debate, reflexivos, críticos, abiertos a la conversación, dispuestos a la exploración de nuevos horizontes. Algunos, más radicales en sus posiciones, otros más versátiles. Con poco acceso a esa otra Medellín de la exclusión y la carencia.

Chicos entre los 16 y los 18 años, llenos de sueños, con grandes posibilidades subjetivas y contextuales de realizarlos, vivenciando momentos cruciales a nivel de elecciones vocacionales, muchos de ellos debatiéndose entre sus preferencias y los guiones familiares y profesionales, con su irremediable peso generacional.

¿De dónde vienen? Histórico, procesos desarrollados, contextos

Habitaban en zonas de clase media y alta de la ciudad, ubicadas especialmente en las comunas once (Laureles-Estadio) y catorce (Poblado). Muchos de ellos provienen de familias adineradas con amplias trayectorias a nivel militar, político e industrial en la ciudad.

Se mueven en escenarios sociales donde es habitual el bilingüismo y la multiculturalidad, así como los viajes frecuentes a destinos internacionales en Europa y EEUU, lo que les aporta desde edades tempranas una amplia perspectiva del mundo y por su puesto de su contexto local. Sin embargo, a nivel de ciudad, no suelen salir de las zonas comunes, razón por la cual solo suelen llegarles los ecos desdibujados de esa otra Medellín a través de historias que les resultan inverosímiles y que a fuerza de repetición terminan adquiriendo en sus ambientes el irresistible encanto de las leyendas urbanas.

¿Cuáles son sus expectativas frente al proyecto?

Preguntas profundas, inquietantes, hondamente arraigadas en su interior, encontraron un espacio colectivo con la suficiente apertura para ser expresadas y eso los conectó con el proyecto, manteniéndolos motivados mientras perduró.

¿Cómo llegaron al proyecto (o al Museo), por qué permanecen, por qué se van?

Los jóvenes respondieron de manera voluntaria a una convocatoria abierta que autorizó el rector del colegio, quien mostró interés frente al proyecto de investigación; llegaron atraídos por la curiosidad y motivados por inquietudes esenciales.

• Grupo soldados discapacitados IV Brigada

¿Quiénes son?

Varones adultos jóvenes, combatientes profesionales del Ejército Nacional, con escasos niveles de escolaridad, en proceso de baja de la vida militar a raíz de lesiones recientes producidas en el frente de batalla.

Hombres recién llegados de la guerra, maltrechos, lastimados; con sus sueños heroicos destrozados por el implacable estruendo de las bombas enemigas, deambulando silenciosos por los pasillos sombríos del cuartel, desconcertados aún por el dolor agudo de la extremidad ausente.

Con la existencia en tránsito, dejan atrás al guerrero implacable que diariamente se batía a duelo con la muerte; en medio de la incertidumbre, intentan vislumbrar en el horizonte los lugares próximos que les depara su porvenir borroso, tenuemente difuso por una bruma inefable que oprime en silencio sus corazones.

Absortos ante sí mismos, con el cuerpo vulnerado y la armadura cansada, se ven regresando de nuevo a los parajes cotidianos, desnudos, anónimos, sin gloria.

Sin más armas que su ingenio y una modesta pensión, se encuentran próximos a afrontar la más grande lucha de sus vidas: la de asumirse en falta, la de encontrar nuevos sentidos para reconfigurar su hombría.

¿De dónde vienen? Histórico, procesos desarrollados, contextos

Proceden de todos los rincones de Colombia, especialmente de las regiones rurales y las zonas del país más alejadas de las centralidades, donde las oportunidades para ascender socialmente escasean y las opciones para adquirir prestigio masculino pasan necesariamente por las coordenadas de la guerra, ante la dificultad para acceder a formación profesional y las pocas posibilidades reales de generar ingresos dignos por las vías laborales convencionales.

¿Cuáles son sus expectativas frente al proyecto?

La posibilidad que encontraron estos hombres para nombrar sus incertidumbres en relación a sus proyectos de vida en proceso de «restauración» constituyeron la mayor motivación para participar del proceso, ya que requieren desmilitarizar sus masculinidades para integrarse a sus grupos familiares y a su vida cotidiana, reto enorme que deben afrontar prácticamente solos.

¿Cómo llegaron al proyecto (o al Museo), por qué permanecen, por qué se van?

El personal militar encargado de la recuperación física y psicosocial de los soldados vio como una oportunidad el proyecto para fortalecer su proceso de preparación para regresar a la vida civil, y seleccionaron un grupo para participar en la experiencia.

• Grupo hombres y mujeres de la comunidad LGBT «Centro de Diversidad Sexual y de Género»

¿Quiénes son?

Hombres homosexuales, mujeres bisexuales y mujeres transgénero. Seres humanos, arrinconados por un sistema unilateral que no soporta mirarse en el amplio universo de la diversidad sexual y de género que ellos evidencian con sus estilos de vida subversores de la heteronormatividad impuesta.

Hombres y mujeres diversos que luchan desesperadamente por el derecho a no ser discriminados, que reivindican el derecho a ser tratados en función de sus potencialidades, independientemente de sus formas particulares de asumir el sistema sexo-género.

¿De dónde vienen? Histórico, procesos desarrollados, contextos

Muchas de estas personas ejercen una militancia activa en organizaciones LGBT de la ciudad mediante procesos de liderazgo que se vienen consolidando en las diferentes comunas, lo cual les ha permitido acceder a importantes logros en términos de sus derechos sociales y civiles históricamente vulnerados por la institucionalidad, así como por amplios sectores de la «sociedad».

¿Cuáles son sus expectativas frente al proyecto?

Aportar desde su perspectiva particular a la reflexión sobre el tema de las masculinidades y la guerra en Medellín, ya que han sido víctimas directas de la violencia y la intolerancia de una ciudad en la que se rinde homenaje a una masculinidad hegemónica que trata de homogenizarlo todo en su lógica obtusa de imponer jerarquías que naturalizan las inequidades.

¿Cómo llegaron al proyecto (o al Museo), por qué permanecen, por qué se van?

Aceptaron la invitación de participar en el proyecto, porque sintieron que el tema tenía potencial para aportar desde su perspectiva y a su vez recibir retroalimentación desde otros lugares.

• Grupo hombres «Junta de Acción Comunal Villa Hermosa – La Mansión»

¿Quiénes son?

Hombres de barrio que en algún momento vital transitaron por el andén desgastado de la esquina del movimiento; que moldearon con sus cuerpos aquella pared blanquecina en la que pasaron tanto tiempo adheridos, «a-murados», avasallados por esa vida juvenil de «vueltas» y «agites», que con los años, los trabajos y los hijos fue quedando urdida en el olvido.

Hombres que en medio de la diversidad de sus experiencias vitales se fueron disponiendo frente a temas inquietantes y preguntas un tanto incómodas, dejándose interpelar por esas metodologías extrañas que convocaban la sensibilidad, los recuerdos y el juego; metodologías que invocaban el misterio vía el cuento, el poema y la canción de autor.

Ellos contaron historias sobre algún recluso famoso de la extinta cárcel de La Ladera, predio donde hoy florece el Parque Biblioteca León de Greiff; evocaron algunos de esos icónicos «agites» entre combos del sector y compartieron una que otra situación vivida durante el tiempo en que prestaron el servicio militar.

Por momentos la interacción entre las narrativas de los hombres más adultos y los más jóvenes, como en una danza de palabras e imágenes, se complementaba integrando ideas y recogiendo sentires; en otras ocasiones el contraste generacional era inevitable y hasta resultaba divertido, aunque a veces en tono lúgubre algún hombre mayor diera por terminada la conversación con una exhortación nostálgica a recuperar unos valores perdidos en la bruma de los tiempos.

Sucedió también en alguna noche especialmente oscura, que las nostalgias sempiternas se apoderaron del recinto y las miradas de los hombres más viejos se encendieron en un fulgor inesperado. Ese día fluyeron como agua esos relatos maravillosos sobre días más tranquilos hechos a partir de fragmentos vitales que como fotos retocadas solo evocaban los momentos bellos y ocultaban heridas profundas e inoportunas.

¿De dónde vienen? Histórico, procesos desarrollados, contextos

Se destacó la participación de hombres adultos mayores —algunos abuelos, otros jubilados— quienes aprovechan el tiempo disponible para ejercitar su liderazgo en diversos escenarios organizativos de la Comuna ocho, en el sector de Villa Hermosa la Mansión. Hombres que, a pesar de sus años, siempre tienen oídos dispuestos para escuchar cosas nuevas.

¿Cuáles son sus expectativas frente al proyecto?

Estos hombres inquietos, en medio de sus contradicciones internas, se encuentran en condición de búsqueda permanente de herramientas que les permitan un mejor vivir. Son receptivos a la reflexión y dispuestos a la exploración de nuevas experiencias que les permitan ampliar sus capacidades y potencialidades humanas.

¿Cómo llegaron al proyecto (o al Museo), por qué permanecen, por qué se van?

Algunos de estos hombres fueron convocados por su cercanía a los grupos de formación en masculinidades que habían participado en procesos formativos desarrollados en años anteriores . Otros tantos llegaron agobiados por el «desparche» y aguijoneados por los imaginarios que suscita un tema como este, que asusta y a la vez atrae.

